

HARTZENBUSCH, JUAN EUGENIO (1806 – 1880)

*ALFONSO EL CASTO*

PERSONAS:

ALFONSO, llamado después el Casto.

JIMENA

SANCHO

ORDOÑO

BERNARDA

SILO

LUPO

TOIDA

NEFTALÍ

UN PLATERO

UN ESPADERO

UN ENTALLADOR

SOLDADOS

ESCLAVOS

ESCLAVAS

DUEÑAS

PAJES

La escena en el acto primero es en un valle de Galicia poco distante del monasterio de Samos (anteriormente Sámanos); el segundo acto y el último pasan en Oviedo.

La acción es en el año 792.

ACTO PRIMERO

A la derecha del espectador, en las últimas cajas, un cobertizo o soportal, que da entrada a una casa de labor; a la izquierda, en el proscenio, una cruz grande de piedra sobre un pedestal rodeado de escalones; en el fondo un país fragoso. Debajo del cobertizo una mesa, y sobre una silla una rueca con un copo de lana blanca.

*Escena I*

SANCHO, BERNARDA, SILO, LUPO; Soldados.

(SANCHO está debajo del cobertizo, sentado a la mesa, escribiendo en un papiro o pergamino; BERNARDA tiene toca de viuda.)

SANCHO  
(A BERNARDA.) Yo daré cuenta en Oviedo  
de vuestras declaraciones.

BERNARDA  
Y eso ¿qué me importa?

SILO  
Mucho,  
si le mintierais al Conde.

BERNARDA  
¡Conde, y tan mozo! Persona  
será de mérito enorme.  
¿Dónde gobierna?

SILO  
En Saldaña  
tierra de León.

BERNARDA  
¡Demontres!  
¡Tierra de pan! Si pudiera  
irme trayendo a terrones  
a Galicia tres yugadas  
de la buena, era en el orbe  
yo la más feliz.

*Escena II*

JIMENA, que sale con toca blanca, trayendo unas llaves en la mano; dos esclavos, dos esclavas; dichos.

JIMENA  
(A BERNARDA.)

Las llaves  
de las puertas y los cofres.

BERNARDA  
Téngalas.  
(Tomándolas, y poniéndolas encima de la mesa.)

SILO  
(Cogiendo una.)  
¡Llave de hierro!  
No es utensilio de pobre.

BERNARDA  
No las uso yo de palo,  
gracias a los bienhechores.

SANCHO  
(A LUPO.) Vos registraréis la casa.

BERNARDA  
(A JIMENA.) Vaya ella con esos hombres.  
Deles cuanto quieran; pero  
ellos, sin pedir, no tomen.

LUPO  
Nada tomarán, villana.

BERNARDA  
Bernarda, no se equivoque,  
Bernarda me llamo.

LUPO  
Sepa  
que no trata con ladrones.

SANCHO  
Id.

(LUPO toma las llaves, y entra en la casa precedido de JIMENA y seguido de algunos soldados y de los esclavos.)

### *Escena III*

SANCHO, BERNARDA, SILO; Soldados.

BERNARDA  
Inútil será.

SILO  
Basta  
con verlo.

BERNARDA  
Aunque se desojen  
no hallarán al fugitivo.

SANCHO  
Según todos los informes,  
aquí pasó cuatro días  
o cinco.

BERNARDA  
Cinco, señores,  
cinco.

SILO  
Y la tarde de ayer.

BERNARDA  
¿La tarde? Y también la noche.  
Durmió, se levantó en paz,  
cumplió con sus devociones,  
le di el almuerzo, me dio  
un abrazo, y acogiose...

SILO  
¿A dónde?

BERNARDA  
A otro nido.

SILO  
¿Cuál?

BERNARDA  
Así mi difunto Jorge  
gloria tenga, como es cierto  
que puesta en los escalones  
de aquella cruz, le perdí  
de vista mirando al bosque.

SANCHO

(A SILO.) Nada sabrá; y si lo sabe,  
lo callará.

BERNARDA

Se supone.

¿Había de permitir  
que llevaran en prisiones  
al que yo di de mamar?  
Aunque me hicieran jigote.  
Cuando él se vino a Subrego,  
ya tendría sus razones.

SANCHO

¿Con que en vuestra casa, en fin,  
Don Alfonso no se esconde?

BERNARDA

A fe de gallega honrada  
lo juro; a fe de mi nombre  
y de nodriza de Rey.

SILO

Ya no es Rey.

BERNARDA

No se alborote.  
Si Alfonso no reina ya,  
reinó, y en dos ocasiones.  
Mas sáqueme, por la Virgen,  
el de Saldaña, y perdone,  
de una duda; pues con todo  
que he nacido en estos montes,  
tengo un sobrino alarife,  
maestro de gran renombre,  
y fui de casa del Rey  
Fruela, que de Dios goce;  
y allí, de oír platicar  
a guerreros y Doctores  
tantas veces, comprendí  
que ha de haber algún desorden  
en Asturias y Galicia  
siempre que haya sucesiones  
de reyes; pero elegido  
el sucesor, acabose.

Y como hace un año ya  
que juntos los electores  
admitieron la renuncia  
de Don Bermudo, y acordes  
juraron a Alfonso, digo:  
para que así le destronen,  
¿qué habrá hecho?

SANCHO  
Malquistarse  
con la Iglesia y con los nobles.

SILO  
Y basta.

BERNARDA  
Pueden alzar  
el Rey que les acomode,  
verdad es; pero a éste dicen  
que van a meterle monje  
si le pillan, y le quieren  
cegar como a los traidores:  
¿de qué delito le acusan  
los que tal pena le imponen?

SANCHO  
Quiso hacer guerra a los moros  
contra el voto de la corte,  
y que tuvieran ancianas  
por amas los sacerdotes...

SILO  
Y que al francés Carlomagno  
rindieran los españoles  
vasallaje.

BERNARDA  
Si es verdad  
Lo que habéis dicho a la postre,  
merecería por eso  
que le colgaran de un roble.

SILO  
Pues todo es cierto.

BERNARDA

Pues yo  
me figuro que los próceres  
no tendrían mucha gana  
de ir a sacudir mandobles;  
los clérigos no querrían  
ver a su lado visiones;  
la embajada vino bien  
para achacar mil horrores  
a Alfonso; y si da la gente  
en decir que rabia el gozque,  
sea verdad o no sea,  
todos a matarle corren.

*Escena IV*

JIMENA, LUPO; Soldados, Esclavos; dichos.

LUPO  
No está.

BERNARDA  
Ya lo dije.

SANCHO  
Silo,  
mirad los alrededores  
antes de emprender la marcha,  
si gustáis.

SILO  
Estoy conforme.  
Pero escuchad. (Aparte a SANCHO.) Esa hija...

(Baja la voz.)

SANCHO  
No deis en cavilaciones.  
(Siguen hablando aparte.)

SILO  
Ordoño lo encargó tanto...

BERNARDA  
(A su gente.) Cada cual a sus labores.

(Los esclavos se retiran; JIMENA toma la rueca, se sienta y se pone a hilar.)

SILO

¿Queréis que yo la examine?

SANCHO

Yo lo haré.

SILO

A ver qué responde.

(Se marcha con algunos soldados.)

*Escena V*

SANCHO, JIMENA, BERNARDA, LUPO; Soldados.

SANCHO

¿Con quién vino Don Alfonso?

BERNARDA

Con su bridón y su estoque.

SANCHO

¿Llegó solo?

BERNARDA

Rey caído  
suprime los batidores.

SANCHO

¿Y su hermana?

JIMENA

(Aparte.)

¡Oh Dios! (Cáesele el huso.)

BERNARDA

¿Jimena?

SANCHO

Pues.

BERNARDA

¿Corriendo él a galope,  
le pudiera ella seguir?  
Ni ¿a qué? Si no la conocen.  
¿Hay alguien que la haya visto  
en trece años o catorce?  
Donde quiera está segura.

(JIMENA deja caer otra vez el huso; BERNARDA le alza.)

Tenga cuidado la torpe.

JIMENA  
Perdone, señora madre.

BERNARDA  
Vaya adentro.

JIMENA  
No se enoje.

(Se levanta para retirarse.)

SANCHO  
Temblando está. Si nosotros  
damos a vuestros temores  
motivo, pronto marchamos.

BERNARDA  
A su cuarto, y no se asome.

SANCHO  
No me privéis de la vista  
de esa bellísima joven,  
que juro que su habla dulce,  
sus angélicas facciones,  
la agitación que amortigua  
el brillo de sus colores,  
la mirada de modestia  
y el señorío del porte,  
impresión hubieran hecho  
en un corazón de bronce.  
¡Qué poco, serrana bella,  
te ennegrecieron los soles!  
¡Qué poco se ha ejercitado  
en campesinas labores  
la mano con que avergüenzas

el blanco vellón que coges!

BERNARDA

Ya que el de Saldaña mira  
con ojos tan reparones,  
y lo blanco de la cara  
le ha dado al momento golpe,  
¿cómo es que la blanca toca  
no parece que le choque?  
A doncella consagrada  
a Dios, no se dicen flores.

JIMENA

Denme licencia...

SANCHO

Esperad.  
Hablé así, no porque ignore  
cuánto respeto merece  
quien ese velo se pone,  
sino porque me dejé  
llevar de las ilusiones  
que hace un año a mi memoria  
vienen y se van veloces.

JIMENA

No me está bien escuchar  
livianas conversaciones.

SANCHO

Con ese desdén, zagala,  
con que tus elogios oyes,  
me pagó también un día  
la ingrata de mis amores. -  
Era una tarde de otoño:  
trasponía el horizonte  
el sol, dorando la cima  
de los árboles mayores  
que daban sombra a una casa  
coronada de una torre;  
cantaban allá a lo lejos  
alegres trabajadores,  
que cerraban los portillos  
de unos rotos paredones;  
percibíase a otro lado  
el eco de una harpa, dócil

a una mano, que en la tuya  
hizo el Señor que se copie.  
¡Qué bien a la tañedora  
me representas! Al borde  
de una fuente se sentaba,  
dando la espalda a unos bojes;  
y clavados en la arena  
los ojos deslumbradores,  
y asomando en su mejilla  
encendidos arreboles...

JIMENA

(Aparte a SANCHO.)

Callad.

SANCHO

«Callad, exclamaba,  
si al jardín queréis que torne.»  
Pensé que amenazas eran  
para encubrirme favores:  
pronto abatió el desengaño  
lisonjeras presunciones.  
Por vez primera veía  
la luz de mi sol entonces:  
un año entero ha pasado  
sin gozar sus resplandores.  
El ornato de la esquiva  
revelaba sus blasones;  
su lenguaje recatado  
no era el de un ánimo doble;  
y atrás tendido el cabello  
sin velos usurpadores,  
por libre la señalaba  
para admitir corazones.  
Más ¡ay! con rigor más duro  
que a la virtud corresponde,  
la que sencilla supuse,  
palabras olvida y rompe;  
huye de mí; no parece  
ni en vergeles ni en balcones;  
yo sufro; quiero indignado  
que el alma su imagen borre,  
y a mi pesar en el pecho  
siempre permanece inmoble.

JIMENA

¡Ah!

SANCHO  
(A BERNARDA.)

No eran a esta doncella  
mis corteses expresiones.

BERNARDA

(Aparte.) Ahora sí que no lo creo;  
mas nunca peor se logre.

*Escena VI*

SILO, Soldados; dichos.

SILO

Conde, a lo largo del río  
sube tropa; los pendones  
son los nuestros, y conozco  
el clarín de Ordoño.

SANCHO

Toquen  
el nuestro en aviso, y vamos.

JIMENA

(Aparte.) ¡Ay! A partir se disponen,  
y no puedo vindicarme  
de injustas acusaciones.

SANCHO

Casual, como veis, ha sido  
que mi visita os estorbe.  
Perdonad, y a Dios.

JIMENA

A Dios.

BERNARDA

Él de gloria le corone.

SANCHO

(Aparte a JIMENA.)  
No puedo hablaros: tomad

y leed estos renglones.

(Dale el pergamino en que escribió.)

JIMENA

(A él.) ¡Ah!, sí.

SANCHO

Ya que vuestro estado  
la obligación os impone  
de orar por todos, ¿tendré  
parte en vuestras oraciones?

JIMENA

Sí.

SANCHO

No olvidéis la promesa.

JIMENA

No olvido yo nada, Conde.

(Vanse SANCHO, SILO, LUPO y los demás soldados.)

### *Escena VII*

JIMENA, BERNARDA.

(Siguen con la vista por algunos momentos a los que se retiran.)

BERNARDA

Ya salimos de afán.

JIMENA

¡Gracias, Dios mío!

BERNARDA

(A JIMENA.) ¡Gracias, Madre de Dios de Covadonga!

Soltad la rueca de silvestre caña:  
es de marfil la que ceñir os toca.

(Se la quita y la arroja al suelo.)

JIMENA

Si vuelven, si te ven...

BERNARDA

No; que la peña  
que nos oculta de su vista, doblan,  
y al ver la novedad, avisaría  
el zagal que aposté sobre la loma.  
Ya el Rey puede salir.

JIMENA

Llamaré gente.

BERNARDA

Sobro yo aquí para mover la losa.

(Aparta una piedra del pedestal de la cruz, descúbrese un hueco y sale de él ALFONSO.)

JIMENA

(Aparte.) ¡Esta carta del Conde! Mal mi grado,  
el ansia de leerla me devora.

*Escena VIII*

ALFONSO, JIMENA, BERNARDA.

ALFONSO

¡Hermana! (La abraza.)

JIMENA

¡Alfonso mío! ¡De qué riesgo  
nos liberta una mano generosa!

ALFONSO

¿Cómo pagar?...

BERNARDA

Negocio más urgente,  
príncipe amado, resolver importa.  
Guía y disfraz sabéis que puedo daros;  
la distancia de Sámanos es corta:  
¿persistís en pasaros al convento?

ALFONSO

¿Qué camino al venir trajo esa escolta?

BERNARDA

El de Sámanos era, y por la orilla  
del río abajo, la vereda toman.  
Libre os dejan el paso.

ALFONSO

Le aprovecho.

BERNARDA

Será vuestra partida sin demora. (Vase.)

*Escena IX*

ALFONSO, JIMENA.

JIMENA

¿Con que partes al fin?

ALFONSO

Sí, nos separan;  
me separan de ti por breves horas;  
en tu busca vendré cuando la noche  
callada tienda favorable sombra;  
pero tiemble de mí, si triunfo un día,  
quien hoy consigue que te deje sola.  
Tú fuiste de mi júbilo testigo  
cuando ciñó mi sien esa corona  
que ambicioné, porque valor me siento  
para poderla sostener con gloria;  
viste las miras que abarcaba; viste  
que en lucha fiera con la raza mora  
quise a gallegos, cántabros y astures  
empeñar; que a los hijos de Vasconia  
importuné también y a Carlomagno,  
para que desde Braga a Barcelona  
se alzarán con un fin, con una idea,  
cuantos la cruz del Redentor adoran,  
y de manos del árabe arrancaran  
la herencia rica de la estirpe goda.  
Ya de aquel porvenir esplendoroso  
me han dejado no más que la memoria:  
de trono, de poder, de hacienda y fama  
bárbaros enemigos me despojan;  
y con todo, Jimena, te lo juro,

más en este momento me acongoja  
la idea del peligro en que te veo,  
que la expulsión que mi vergüenza colma.

JIMENA

¡Hermano!, ¡dulce hermano!

ALFONSO

En tu presencia  
enmudece mi orgullo, y con su antorcha  
disipa la razón la niebla oscura  
que en el pecho mis iras amontonan.  
A tu lado, el huir, el ocultarme,  
acción no me parece ignominiosa:  
perdido el trono, conservar la vida,  
creo que es un deber; que a toda costa  
debo esa vida conservar, pues ella  
debe ser de la tuya protectora.  
Si a tu lado no estoy... ¡Cuánto martirio,  
cuánto! El despecho y el furor me ahogan,  
y me afrenta el vivir. -Si tú quisieras  
bajo nuevo disfraz seguirme ahora...

JIMENA

Recuerda que hoy, al despuntar el alba,  
contigo iba a partir.

ALFONSO

¡Ah, sí! Perdona.  
Yo fui quien te detuvo. No es posible:  
fuera la fuga hacer más peligrosa.  
Es verdad que el vecino monasterio  
de la piedad de nuestro padre es obra;  
que en él hallé refugio cuando, niño,  
me dejó en orfandad mano alevosa;  
que en él, mancebo ya, de Mauregato  
los rencores burlé; mas ya reposan  
en la etérea mansión los cenobitas  
que entonces me tuvieron en custodia.  
Si almas heladas por mi mal encuentro...  
Si también ellos contra mí se tornan...  
¡Oh!, no: espérame aquí.

JIMENA

Corta es la ausencia.  
Cabe en ella vivísima zozobra.

Mas dime... En ese pedestal oculto,  
ni pude ver ni oír. ¿Quién esa tropa  
que me viene a prender, capitanea?

JIMENA  
Un joven...

ALFONSO  
¿Joven?

JIMENA  
De presencia airosa,  
grata conversación, humano pecho...

ALFONSO  
¡A un enemigo tuyo tanto elogias!

JIMENA  
No es mi enemigo, no; no es tu enemigo.

ALFONSO  
¿Pudiste averiguar cómo se nombra?

JIMENA  
Es...

ALFONSO  
¿Quién?

JIMENA  
El Conde de Saldaña.

ALFONSO  
¿Sancho?  
¡Bien la facilidad me galardona  
con que le di un gobierno! ¡Bien me paga  
los alazanes y la fina cota  
con que le honré después, al concederle  
mi licencia real para su boda!

JIMENA  
¡Qué oigo! ¿Sancho, el traidor que te persigue,  
tiene mando por ti?, ¿tiene la esposa?

ALFONSO  
Para dentro de un año difirieron

del vínculo la santa ceremonia.

JIMENA

¡Para dentro de un año, que ahora cumple!  
¿Y no recordarás quién fue la novia?

ALFONSO

Fue la hermana de Ordoño.

JIMENA

¿Floresinda?

ALFONSO

La que hablaste una vez.

JIMENA

Sí, y es hermosa.  
Bien me acuerdo. Hace un año. -¿Ves, Alfonso?  
¿Ves tú qué de perfidias nos acosan?  
Marchémonos de aquí. Vuelve a la noche:  
donde quiera que vayas, estoy pronta  
siempre contigo a dividir tu suerte.  
¡Qué de ilusiones la ignorancia forja!  
Ya en ese Conde contemplé un amigo,  
porque falaz me dirigió lisonjas...

ALFONSO

¡Sancho a ti!...

JIMENA

Nada temas: él no sabe  
que era Jimena la villana tosca.

ALFONSO

¿Qué te dijo?

JIMENA

Mentiras: que mi rostro  
le recordaba aquél que le enamora.  
Tal vez era verdad: a Floresinda  
galanteó tal vez en mi persona.  
¡Es el Conde muy fiel!

ALFONSO

Es deber suyo:  
marido es ya quien el contrato forma.

JIMENA  
Tal es la ley.

ALFONSO  
Pero interés sobrado  
parece que te inspira...

JIMENA  
Me sonrojas.  
Como nunca el amor has conocido,  
tú siempre sus indicios equivocas.  
Yo tampoco amaré.

ALFONSO  
¡Pluguiera al cielo!

JIMENA  
Para mi hermano mi ternura toda.

ALFONSO  
Y para ti no más Alfonso vive.  
Sí, que jamás Alfonso me abandona.

ALFONSO  
Nunca: mi voluntad irrevocable  
del amor para siempre me divorcia.  
Jamás a una mujer al pie del ara  
la banda me unirá cándida y roja.  
Mira, Jimena mía: este momento  
de exaltación sublime y religiosa,  
de despedida y riesgo, acaso ofrece  
la coyuntura favorable y propia  
para un designio...

JIMENA  
Dile.

ALFONSO  
Nuestro padre  
manchó con un delito sus victorias:  
a su hermano mató, fue asesinado  
él también a su vez...

JIMENA  
¿Y bien?

ALFONSO

Costosa,  
tremenda expiación, querida hermana,  
debemos a una víctima y a otra.

JIMENA

¿Y cuál?

ALFONSO

Por esto quise que tu vida  
corriera en soledad: todos ignoran  
cuáles son las facciones de Jimena  
sólo Ordoño te ha visto, y veces pocas,  
porque, pariente fiel, de mis intentos  
hícele sabedor.

JIMENA

Di, que afanosa  
me tienes.

ALFONSO

En el reino que fue mío,  
no hay hombre que merezca de tu boca  
oír el dulce sí, que llevaría  
la obligación de hacerte venturosa.  
Yo codiciaba ese deber. Jimena,  
por alcanzar de Dios misericordia  
para el que ser nos dio, por imitarme,  
por orgullo además, la blanca toca  
puesta por mano de mi fiel nodriza,  
de otra mano recíbela devota,  
postrada ante el altar.

JIMENA

Yo lo prometo.

ALFONSO

¿Lo prometes?

JIMENA

Lo juro.

ALFONSO

Tú coronas  
mi esperanza.

JIMENA

Aniquílese en nosotros  
una prosapia mísera y odiosa,  
que fatigada de mirarse siempre  
blanco de la traición, cede y se postra.

ALFONSO

Ven, ven, y el respetable juramento  
pronuncia allí, donde el Señor nos oiga,  
delante de la cruz. (Lléganse a ella.)

JIMENA

(De rodillas.) Padre piadoso,  
que nos ofreces del dolor la copa,  
sálvanos del peligro que nos cerca,  
y yo renuncio la mundana pompa,  
y en la morada fraternal viviendo,  
sierva tuya seré y humilde esposa.

*Escena X*

BERNARDA, ALFONSO, JIMENA.

BERNARDA

Vuestro mandato en mi aposento espera  
quien os ha de guiar: vestid la ropa  
que ha de encubriros, y partid.

ALFONSO

Al punto.

BERNARDA

Por el huerto saldréis.

(Cierra el pedestal, y éntrese en la casa.)

ALFONSO

Blanca paloma,  
de carnívoras aves acechada,  
vele por ti quien la naciente rosa  
firme en el frágil vástago mantiene  
cuando furioso el aquilón le azota.  
Fía en aquél a quien tu fe dedicas,

y en el único bien que no me roban:  
mi aliento, mi tesón. Prestado cetro  
el que me dieron fue; si le recobran,  
pueden hacerlo. Para destronarme,  
precisa era primero mi deshonra:  
por eso la calumnia les perdono;  
el filo de una espada vencedora  
borrará con el tiempo las señales  
que manchan de mi honor la rica joya.  
No crean los cobardes enemigos  
que destruyen la fábrica grandiosa  
comenzada por mí, que soy quien pierde:  
son ellos, es la patria. Ruda choza  
tenga, pues, el creyente por asilo,  
mientras huella el sectario de Mahoma  
pavimento de mármoles, y tiende  
en él nuestras banderas por alfombra.  
Desheredado en el país nativo,  
con mis hazañas en región remota  
quizá más rico patrimonio gane  
que ese que mi altivez hoy abandona.

(BERNARDA se presenta a la puerta con unos vestidos de hombre en el brazo, y se dirige al Rey.)

BERNARDA

(A JIMENA.) Venid. Quedad aquí vos en acecho.

ALFONSO

Adiós, Jimena.

JIMENA

Adiós: aguardo ansiosa.

(Entran en la casa BERNARDA y ALFONSO.)

### *Escena XI*

JIMENA

Él sólo en mi amparo vela,  
sólo él. -Y tiene razón:  
hijos de desgracia son  
los hijos del Rey Fruela.  
Piadoso el cielo por mí

debéis hallar, padre mío:  
con harto dolor expío  
culpa que no cometí.  
Por vos de su pecho lanza  
Jimena el amor. -¡Ay!, no:  
consigo se le llevó  
fugitiva la esperanza.  
¡Y el traidor me llama linda,  
y se atreve a darme quejas!  
¡Y desertor de mis rejas,  
me olvidó por Floresinda!  
Dice que huyo con rigor  
las veces que a verme acude.  
¿Cómo libertarme pude  
de tanto avizador?  
Deber suyo hubiera sido  
los obstáculos vencer:  
de más hice yo en querer  
que los hubiese vencido.  
En fin, ya todo le aparta  
de mí, ya somos extraños:  
aunque encierre mil engaños,  
bien puedo abrir esta carta.  
Yo no sé si la destroce  
sin verla. Sí debería.  
No, que ignoro todavía  
si el pérfido me conoce. (Abre y lee.)

«Aparentando tomar un informe, trazo estas palabras al pie de un escrito de mano ajena: la ocasión me obliga a no decir sino lo necesario. La única vez que os vi en Oviedo, cuando un presentimiento venturoso me llevó a registrar el jardín del alcázar, os dije mi nombre, y me callasteis el vuestro: indicios recientes me han descubierto quién sois.»

¡Sabe quién soy!

«Yo he solicitado el encargo de perseguir al Rey, para salvarle; pero no he podido traer sino soldados de quienes no me debo fiar. Ordoño es el autor y el jefe de la conjuración, como veréis por ese plan escrito y firmado por él propio, el cual ignora que yo posea este documento, y aun está persuadido de que no existe. Ordoño, que os conoce como sabéis, quiere a toda costa descubrir vuestro asilo, y quizá no se halla lejos. Avisad a vuestro hermano, y huid, Jimena: huid, o, por lo menos, ocultaos de Ordoño.»

Ni siquiera  
una palabra hay aquí  
de lo que esperaba. Fui,  
fui demasiado altanera.

Sancho de salvarnos trata;  
como bueno corresponde:  
¿Qué más quiero? Gracias, Conde;  
no me tengáis por ingrata.  
Fuera ya un empeño loco  
volver los ojos atrás:  
ni él debe decirme más,  
ni yo esperarlo tampoco.  
Hecha la promesa santa,  
¿quién devaneos medita?  
No ambicione la proscrita  
lo que no logró la infanta,  
pues en tal persecución  
es harta felicidad  
que algún resto de piedad  
nos quede en un corazón.

(Óyese a lo lejos el chasquido de una honda.)

En la cumbre del collado  
el pastor la honda restalla.  
Algo que avisarnos halla.  
¿Vendrá gente? (Llégase al fondo a observar.)  
¡Qué he mirado!  
¡Es Ordoño! ¡Otra agonía!  
¡Ordoño y Sancho! ¿Si habrá  
partido mi hermano ya?  
¡Valednos, Virgen María!

(Éntrase en la casa y cierra.)

### *Escena XII*

SANCHO, ORDOÑO; Soldados.

(Los soldados no hacen más que cruzar por el fondo; ORDOÑO sale reconociendo el sitio.)

ORDOÑO  
¡Oh!, la ventaja es inmensa.

SANCHO  
Distinto es mi parecer.

ORDOÑO

Aquí se pudiera hacer  
a pedradas la defensa.

SANCHO

(Aparte.) (¿Habrá servido el aviso  
que di a Jimena?) Pensemos,  
Ordoño, qué resolvemos.

ORDOÑO

Sí, vamos a lo preciso.

SANCHO

Tiempo quedará después  
para ver esa doncella.

ORDOÑO

Silo dice que es muy bella;  
pero no tengo interés...

SANCHO

¿Con que afirmáis que Teudón  
está en Sámanos armado?

ORDOÑO

Banderas ha levantado  
por Alfonso.

SANCHO

Es campeón  
de gran valor y pericia.

ORDOÑO

Hombre debe ser de cuenta,  
cuando así que se presenta,  
la rebelión se desquicia.

SANCHO

¿Ya la llamáis rebelión?

ORDOÑO

No me parece un insulto  
dar este nombre a un tumulto  
que perece en embrión.

SANCHO

No torno yo por injurias  
vuestras palabras.

ORDOÑO

Son copia  
fiel, o más bien son la propia  
voz de Galicia y Asturias.

SANCHO

Aunque yo mi voto aprecio,  
cuando son de otro sentir  
los más...

ORDOÑO

Ir a desmentir  
a todos...

SANCHO

Es duro.

ORDOÑO

Es necio.

SANCHO

Pues ¿qué partido tomar?

ORDOÑO

Señor, al hundirse un bando...

SANCHO

Se puede morir lidiando...

ORDOÑO

Más vale capitular.

SANCHO

Yo no tengo inconveniente,  
si no le hubiere por vos.

ORDOÑO

Yo os creía de los dos  
el menos condescendiente.

SANCHO

Más natural es que tema  
el autor de la asonada.

ORDOÑO

¿Y no debe temer nada  
quien se llevó la diadema?  
No estéis, buen Conde, tan ancho.

SANCHO

De asombro me quedo mudo.  
¿No fue aclamado Bermudo  
segunda vez?

ORDOÑO

Lo fue Sancho.

SANCHO

¡Yo he sido nombrado Rey!

ORDOÑO

Y por toda una semana  
grandeza y plebe asturiana  
obedeció vuestra ley.

SANCHO

¿Qué es esto? ¡Sin mi noticia  
de mi nombre se abusó,  
mientras he corrido yo  
las montañas de Galicia!

ORDOÑO

Por ser tan ejecutivo  
la noche del alzamiento,  
que partisteis al momento  
tras el real fugitivo,  
se hizo sin vos la elección;  
y después aquí engolfado,  
dar no pudo el enviado  
con vos por ningún rincón.  
Yo he llevado en vuestra ausencia  
de los negocios el peso:  
con que no tengáis por eso  
escrúpulo de conciencia.

SANCHO

Debió seros imposible  
conseguir que os aclamaran,  
y haríais porque nombraran

al rival menos temible.

ORDOÑO

Ansiaba cada elector  
el trono...

SANCHO

Y más han querido  
cederle a un desconocido,  
que darle a un competidor.

ORDOÑO

Hallándome desairado  
de votos en la asamblea,  
dije: a lo menos, que sea  
Rey mi futuro cuñado.

SANCHO

(Aparte.) ¿Habrán huido?

ORDOÑO

¿Qué afán  
os tiene, Conde, perplejo?

SANCHO

Nada.

ORDOÑO

Entremos en consejo  
para evitar un desmán.  
A Saldaña gobernó  
vuestro padre tiempo largo;  
y habiendo muerto, el encargo  
que tuvo, se os confió.  
Allí donde mil testigos  
de vuestros hechos contáis,  
natural es que tengáis  
un gran número de amigos.  
El poder del cetro godo  
es en Castilla una sombra:  
el Rey los Condes le nombra,  
y libre la deja en todo.  
Vos en Galicia estáis mal:  
es claro hasta la evidencia  
que os tomarán residencia  
del reinado semanal.

Si vais a Saldaña al punto  
y dais al moro un avance,  
como salga bien el lance  
se sepulta el otro asunto.  
Crecida escolta os daré  
que os libre de un accidente,  
y lo demás de la gente  
al Rey se la entregaré,  
bajo expresa condición  
de que yo quede bien puesto,  
y os otorgue, por supuesto,  
completísimo perdón.

SANCHO

Hablaré al Rey: a mi cuenta  
eso quede.

ORDOÑO

Es que...

SANCHO

Acabad.

ORDOÑO

Hay una dificultad  
para que yo lo consienta.

SANCHO

¿Dificultad? Y ¿cuál es?

ORDOÑO

Conde, que no me conviene.  
Amigo, cada uno tiene  
que consultar su interés.  
Haced lo que os he indicado,  
pues aquí soy el que manda,  
y tenéis fibra algo blanda  
para negocios de Estado.  
Entended que yo el favor  
de Alfonso puedo alcanzar,  
y vos habéis de pasar  
sin recurso por traidor.

SANCHO

Hay medio de sincerarme,  
y fácil, os lo prevengo.

ORDOÑO

Por si es el mismo que tengo  
para mí, debo explicarme.  
Aquí vio, según me dijo,  
Silo una joven...

SANCHO

Serrana  
del país.

ORDOÑO

¿Y si es la hermana  
del Rey?

(SANCHO se turba; ORDOÑO le da una mirada, y dice después con seguridad.)

Es ella de fijo.  
Cercada la casa está;  
la hallaré; se la presento  
al Rey, y este miramiento  
su consecuencia tendrá.  
¿Qué decís?

SANCHO

¿Por qué he salido  
nunca del hogar paterno?

ORDOÑO

Por alcanzar un gobierno.  
Sois Conde... y seréis marido.  
Disgusto ya deja ver  
mi hermana; mas no os aflija,  
que aceptada la sortija...

SANCHO

Nunca será mi mujer.  
Descubro con claridad  
que habéis jugado conmigo.

ORDOÑO

Conde, perdonad si os digo...

SANCHO

¿Qué me diréis?

ORDOÑO  
Que es verdad.

SANCHO  
¡Ordoño!

ORDOÑO  
Tenéis valor,  
erais útil a mi empresa,  
mi hermana es linda y traviesa:  
os gané con el amor.

SANCHO  
Bien que su artificio ruin  
me ha podido deslumbrar,  
sepa...

ORDOÑO  
Si os hizo olvidar  
a la dama del jardín.

SANCHO  
¿Quién reveló?...

ORDOÑO  
Cierta buena  
mujer que escondida os vio,  
y ella fue la que estorbó  
la cita que dio Jimena.

SANCHO  
¡Jimena! ¡Trama infernal!  
Ya todo me desengaña...

ORDOÑO  
¿De qué, Conde de Saldaña?  
¿De que soy vuestro rival?

SANCHO  
Ordoño... Los de la tierra  
que llaman de los castillos,  
aunque pecan de sencillos,  
rayos son para la guerra.  
Fronterizos del infiel,  
vivimos desde la cuna,  
con buena o mala fortuna,

lidiando siempre con él.  
Siembra y coge sin contienda  
aquí el labrador el grano;  
allí ha de saber su mano  
labrar y salvar su hacienda.  
Lanza es la ahijada, chuzo es  
el cayado del pastor,  
y la hoz del segador  
alfanje por el revés.  
Fe, sin embargo, y decoro  
guarda entre sí el fiel linaje,  
porque allí todo el coraje  
se reserva para el moro.  
Como tener deberéis  
de noble alguna vislumbre,  
os oí, por la costumbre,  
con la paciencia que veis.  
Mas ya que en justo furor  
contra vos el pecho se arde,  
mirad si no sois cobarde,  
que yo sé que tengo honor.

ORDOÑO

Le tenéis, por de contado;  
pero no hay que blasonar,  
que es algo particular  
el honor de un conjurado.

SANCHO

No: si conspirar fingí,  
de salvar al Rey traté.

ORDOÑO

Veo que no me engañé  
cuando yo me lo temí.  
Y a fe que si me descuido,  
me sacrifica mañana  
esa honradez castellana  
que me habéis encarecido.  
Es forzoso que partáis.  
Ya tendrá Silo informados  
de mi plan a los soldados.  
Resolved. ¿En qué os paráis?

SANCHO

Con un enemigo vil,

¿qué hace un noble?

ORDOÑO  
Acaso nada.

SANCHO  
¿No miráis que tengo espada?

ORDOÑO  
Vos tenéis una, y yo mil.

SANCHO  
Cuando lleguen en tu ayuda,  
ya te habré yo confundido.  
Defiéndete, fementido.

(Sacan las espadas y riñen.)

ORDOÑO  
¡Soldados!

### *Escena XIII*

SILO, LUPO; Soldados; SANCHO, ORDOÑO.

SILO  
(A los que salen con él.)  
Mirad: no hay duda.  
Rehúsa el medio en que estriba  
nuestra salvación.

SANCHO  
¡Villanos!

ORDOÑO  
¡Matadle!

SILO  
¡A él, asturianos!

ORDOÑO  
¡Viva Don Alfonso!

SOLDADOS

¡Viva!

(Retírase el Conde por la derecha, haciendo frente a ORDOÑO y a los soldados que le persiguen.)

## ACTO SEGUNDO

A la izquierda del espectador un ángulo de la torre perteneciente a la primitiva iglesia del Salvador en Oviedo; desde el punto donde termina la pared de la torre, parte hacia la derecha una galería o pasadizo abierto, que comunica con el palacio de Alfonso. Ventanas en la galería, por donde se verán a lo lejos varios edificios de una plaza aún no acabada de construir. El espacio que media entre el proscenio y la galería corresponde a un jardín, del cual se verá un grupo de árboles a la derecha.

### *Escena I*

ALFONSO, ORDOÑO, SILO, TOIDA, NEFTALÍ; un ENTALLADOR, un PLATERO y un ESPADERO.

(Salen de la iglesia a la galería.)

ALFONSO

Venid por aquí, maestros:  
abreviemos el camino.

ORDOÑO

La galería nos da  
paso al palacio.

ALFONSO

Se hizo  
para que fuera mi madre  
desde su aposento mismo  
a la iglesia.

TOIDA

¿Es necesario  
que la conserve?

ALFONSO

Preciso.  
vendrá por ella la Infanta  
cada día a los oficios

al templo del Salvador.

TOIDA

En lugar de un cobertizo  
como éste, veré de hacer  
algo que merezca el título  
de galería, que Ordoño  
por favor le ha concedido.

ALFONSO

Arquitecto, reservad  
la ostentación, ya lo he dicho,  
para la iglesia.

TOIDA

Señor...  
No os enojaréis conmigo.  
Yo al Salvador alzaré  
templo decoroso y digno,  
en lugar de ese que, hablando  
con el respeto debido,  
manifiesta solamente  
la prisa y devoto ahínco  
del Rey vuestro padre; pero  
también labraros confío  
mejor casa que tenéis.

ORDOÑO

Toida, palacio decimos  
a la mansión del monarca.

TOIDA

Yo la advertencia os estimo;  
pero con todo, si vos  
hubierais como yo visto  
los alcázares de Córdoba  
y de Sevilla, imagino  
que os repugnaría dar  
igual nombre a los prodigios  
del arte, y a unas paredes  
hechas de barro y ladrillo.

ALFONSO

Tiene sobrada razón:  
Oviedo está en sus principios.  
Deba la posteridad

al afán vuestro y al mío  
una ciudad en que al menos  
halle un remedo mezquino  
de la grandeza de aquéllas  
que perdió el triste Rodrigo.  
¿Qué me pedís por ahora? (A TOIDA.)

TOIDA

Por ahora y siempre os pido  
a vos libertad y manos,  
y dinero a este judío. (Señalando a NEFTALÍ.)

ALFONSO

Todo lo tendréis: andad. (Vase TOIDA.)

### *Escena II*

ALFONSO, ORDOÑO, SILO, NEFTALÍ; un PLATERO, un ESPADERO, un  
ENTALLADOR.

PLATERO

Señor, aún no habéis podido  
ver mi obra.

ALFONSO

¿Sois?...

PLATERO

El platero.

(Presenta al Rey una arquita o cofrecillo de plata.)

ALFONSO

A ver. ¡Trabajo exquisito!

ORDOÑO

¡Caja preciosa!

ALFONSO

A guardar  
una joya la destino  
de gran valor. (A SILO.) Vos, oíd. (Le habla en voz baja.)

ORDOÑO

¿Y dónde habéis aprendido  
la profesión?

PLATERO

En Sevilla:  
viví diez años cautivo  
en la casa en que se labra  
la moneda.

ALFONSO

Id pronto, Silo.  
Tomad, y volved con ella. (Dale la arquita.)

SILO

Corriendo. (Vase.)

PLATERO

(Al Rey.) Estoy instruido  
en el arte de acuñar,  
y si queréis...

ALFONSO

¡Ay amigo!  
Ése ya para mi reino  
fuera lujo intempestivo.  
Con moneda antigua y árabe  
pasamos cerca de un siglo:  
pasaremos de este modo  
mientras Dios fuere servido.  
Maestro, para mi hermana  
quiero un espejo macizo  
de plata.

PLATERO

Lo haré más terso  
que una lámina de vidrio. (Vase.)

### *Escena III*

ALFONSO, ORDOÑO, NEFTALÍ; un ESPADERO, un ENTALLADOR.

ESPADERO

Yo soy espadero.

ALFONSO

Como  
estaréis ocupadísimo  
mientras yo reine, he rogado  
que os dé licencia el Obispo  
para poder trabajar  
sin pecado los domingos.

ESPADERO

Por el día, bien; la noche...

ORDOÑO

Es para el sueño.

ESPADERO

Y el vino.

ORDOÑO

¿Quién os ha enseñado?

ESPADERO

Un moro  
de Toledo.

ORDOÑO

¡Otro discípulo  
del infiel!

ESPADERO

Infiel o no,  
quién sabe, tiene legítimo  
derecho para enseñar.

ENTALLADOR

Yo nada les he debido  
a los árabes.

ALFONSO

Ya, sois...

ORDOÑO

Entallador, lo adivino.  
Mal pudieran enseñaros  
ellos a hacer crucifijos.

ALFONSO

Os encargo un elegante  
reclinatorio esculpido...

ENTALLADOR  
¿Para vos?

ALFONSO  
Para mi hermana.

ENTALLADOR  
Espero que he de serviros.  
(Vanse el espadero y el entallador, y sale SILO con la arquita.)

*Escena IV*

SILO, ALFONSO, ORDOÑO, NEFTALÍ.

SILO  
Aquí está.

ALFONSO  
Bien. -Neftalí,  
mirad a la plaza: alisto  
gente allí para la guerra,  
y aquí dispongo edificios  
para engrandecer a Oviedo:  
un número muy crecido  
de libras de oro es forzoso  
en tal ocasión pedirlos.

NEFTALÍ  
Señor, el Dios de Abraham  
se ha dignado hacerme rico.  
Cincuenta años ha que soy  
mercader: cuanto he adquirido,  
es vuestro; pero no basta  
mi caudal y el de mis hijos  
para completar la suma  
que necesitáis: me obligo  
a que la den compañeros  
en toda España esparcidos;  
sin embargo, no os conocen.  
Una prenda necesito  
para que fíen de mí

como yo de vos me fío.

ALFONSO

Se había pensado en ello.  
Traed ese cofrecillo.

(SILO se acerca con la arquita; el Rey la abre, y saca de ella un paño de seda en el cual está envuelta una llave grande de hierro.)

¿Qué os parece, Neftalí,  
que hay dentro de este tejido?

Mirad, mirad: esta llave  
de trabajo tan sencillo,  
es la llave del alcázar  
de Toledo. En el dominio  
del moro Toledo yace:  
de Rey en Rey ha venido  
a mí esta joya sagrada;  
y un siervo de Dios predijo  
que un día con ella propia  
se abrirían los postigos  
del palacio que fue silla  
del gótico poderío,  
y que sería un Alfonso  
el Rey, el feliz caudillo  
que plantara en sus almenas  
el estandarte de Cristo.  
Mirad si sobre esta alhaja  
me prestarán.

NEFTALÍ

(Hablando aparte con el Rey.)

Yo la admito...

En apariencia no más:  
hablemos aquí en sigilo.  
Diré que tengo la llave,  
y el cofre estará vacío:  
ninguno vendrá a mi casa  
a levantar el pestillo.

ALFONSO

Bien, Neftalí.

NEFTALÍ

¿Queréis algo  
más?

ALFONSO  
El dinero que al cinto  
llevéis ahora.

NEFTALÍ  
Os lo entrego  
en la bolsa, y me retiro. (Vase.)

*Escena V*

ALFONSO, ORDOÑO, SILO.

ALFONSO  
Silo, después de apagada  
la rebelión que he vencido,  
parece que a competencia  
sus autores y yo fuimos:  
ellos a ocultarse bien,  
yo a no querer descubrirlos.  
Pero me dicen de vos  
que os habíais ofrecido  
a matarme.

SILO  
Señor, fue...

ORDOÑO  
(Aparte.) ¿Qué es esto?

ALFONSO  
No hay que afligiros.  
Como nunca os hice mal,  
no podéis ser mi enemigo:  
la necesidad por fuerza  
os convirtió en asesino.  
Remediaos con el oro  
que os doy en este bolsillo,  
y haya paz entre los dos;  
porque si un día me irrito,  
con alzar un pie, hago polvo  
semejantes hombrecillos.

SILO

(Aparte.) No puedo hablar de vergüenza.

ALFONSO

(A ORDOÑO.) Quería desde este sitio  
ver a mi hermana venir  
del convento, a donde ha ido:  
ya llega. En tanto que salgo  
a la plaza y la recibo,  
acabad la conversión  
de aquel pecador contrito,  
que os interesa.

ORDOÑO

¿Creéis?...

ALFONSO

Yo de vos nada he creído,  
sino solamente aquello  
que a vos decir os convino.  
Tenéis mi sangre, tenéis  
talento: Conde, os elijo  
de los notarios.

ORDOÑO

Señor,  
me deja tan confundido  
lo que antes oí, que dudo  
si es favor ese o castigo.

ALFONSO

Si os honrare, agradecedlo;  
si os castigare, sufridlo.

ORDOÑO

¿Con qué?...

ALFONSO

Lo que dije a aquél,  
tenedlo vos entendido. (Vase.)

*Escena VI*

ORDOÑO, SILO.

ORDOÑO

Pasmado me deja.

SILO

A mí

ciego de rabia. ¡Maldito  
sea quien tiene la culpa  
de que me vea corrido!  
No volveré a dar lugar  
yo, no, por Dios uno y trino,  
a que me eche en cara el Rey  
ni traición ni deservicio.

ORDOÑO

¿Te resuelves a ser hombre  
de bien? Yo te felicito.

SILO

Felicitarme podéis  
de veras; que es muy distinto  
de ser partidario vuestro,  
y partidario gratuito,  
el tener la bolsa llena  
con el corazón tranquilo.

ORDOÑO

Me figuro, sin embargo,  
que puedo contar contigo.

SILO

Para todo lo que fuere  
razonable, justo, lícito,  
sí, señor; pero en trayendo  
al Rey daño en lo más mínimo,  
tan seguro como hay sol,  
que os pierdo.

ORDOÑO

Aprecio el aviso.

SILO

Y si manda que os degüelle  
un día, por un capricho,  
para que Alfonso conozca  
la lealtad con que le sirvo,  
cierro los ojos y acabo

con vos.

ORDOÑO

Sentiré infinito

dar ocasión a que tengas

que hacer ese sacrificio.

SILO

Bien: pues si llegare el caso,

no os coja desprevenido. (Vase.)

*Escena VII*

ORDOÑO.

Necesario es confesar  
que Alfonso es hombre de tino.

Muerto el Conde de Saldaña,

sepultada en el olvido

la revuelta, honrado yo

con el cargo de Ministro,

tengo que servirle bien:

no me queda otro partido.

Ese voto de Jimena...

No es difícil rescindirlo,

si ella quiere. Y bien, ¿querrá?

Por ahora es un delirio

pensarlo; más adelante...

Desde que en triunfo trajimos

de Sámanos a los dos

hermanos, ha concedido

Alfonso más libertad

a la Princesa. Concibo

la razón: fía en el voto.

Pero ella no ha recibido

el velo aún: ¿hallaría

ya en las bodas atractivos?

La he de sondear. -Alfonso

le tiene tanto cariño...

demasiado ciertamente

para un corazón tan frío.

¡Frío el corazón de un hombre

de aquel ánimo! -¡Qué miro!

*Escena VIII*

BERNARDA, ORDOÑO.

ORDOÑO

¡Bernarda! ¿Vos por aquí?

BERNARDA

¿Vos, Ordoño, en este sitio?  
Vuestra hermana se desposa,  
¡y vos no habéis parecido  
por allá!

ORDOÑO

¿Venís de casa?

BERNARDA

Es claro: como testigo  
de la muerte del primer  
novio...

ORDOÑO

Cierto: es requisito  
indispensable probar  
que el enlace primitivo  
quedaba disuelto.

BERNARDA

Pues;  
aunque si hubiera vivido  
el Conde, creo que hubieran  
roto al fin el compromiso  
los contrayentes.

ORDOÑO

El Conde,  
aunque peleó con brío,  
falleció de las heridas  
en vuestra casa; y colijo  
que hizo bien, porque ya estaba  
entonces por su delito  
condenado a muerte.

BERNARDA

Si él

no muriera, tan benigno  
fuera con él Don Alfonso,  
como con otros lo ha sido.

ORDOÑO

Pidieron esa cabeza  
allá en Sámanos a grito  
unánime cuantos jefes  
se congregaron...

BERNARDA

Que en limpio  
fue decir: «Pague por todos  
quien tenga menos arrimo.»

ORDOÑO

Con afecto habláis del Conde.

BERNARDA

Con afecto... compasivo.  
Yo le cuidé, yo le vi  
dar el último suspiro...

ORDOÑO

¿Y por qué no permitisteis  
que viera el cadáver Silo?

BERNARDA

Encomendadle al Señor,  
pues iba a ser el marido  
de vuestra hermana, y al menos,  
muerto, dejadle pacífico.  
¿Temeréis que resucite?

ORDOÑO

En el ordinario estilo  
no es común, pero...

BERNARDA

(Aparte.) ¿Qué diantre?...

ORDOÑO

Todo lo puede el Altísimo.

BERNARDA

Voy a cerrar, que me envía

(Llegándose a la puerta que va a la iglesia.)  
por las llaves mi sobrino.

ORDOÑO  
¿El arquitecto? -Ya pronto  
va a principiar el derribo  
de la iglesia.

BERNARDA  
¡Pronto!

ORDOÑO  
Sí.

BERNARDA  
(Aparte.) Toida no me lo previno.

ORDOÑO  
(Aparte.) Se ha quedado algo parada.

BERNARDA  
¿Lo ha dicho el Rey?

ORDOÑO  
Él lo dijo.  
Si tenéis algún tesoro  
en sus muros escondido,  
sacadle sin dilación.

BERNARDA  
(Aparte.) (Me inquieta.) Ya sé el peligro.  
Quedad con Dios.

ORDOÑO  
Anochece,  
y en el lúgubre recinto  
del templo desmantelado,  
quizá tengáis un poquito  
de pavor.

BERNARDA  
No creáis tal.

ORDOÑO  
Con mi compañía os brindo  
para...

BERNARDA  
Gracias.

ORDOÑO  
Ha de ser.

BERNARDA  
Si ello ha de ser, no replico.  
Venid. (Aparte. Si no recelara.)

ORDOÑO  
Vamos. (Aparte. Haré buen registro.) (Vase.)

*Escena IX*

SANCHO, TOIDA y NEFTALÍ, en la torre.

TOIDA  
Es pieza más ventilada.

NEFTALÍ  
Estaréis aquí mejor.

TOIDA  
El mercader es doctor  
que sabe...

SANCHO  
Mal empleada  
está en curarme su ciencia:  
no de su triunfo se loe,  
porque la fiebre que roe  
mi corazón, es dolencia  
sin remedio, Neftalí.

NEFTALÍ  
Si fuere mi auxilio vano,  
imploradle de la mano  
del gran Dios de Sinaí.

TOIDA  
Dice bien; que es algo feo  
que un valiente así se explique,

y a un cristiano le predique  
resignación un hebreo.

SANCHO

¡Por un infame vendido,  
por una ingrata olvidado,  
como si fuera un malvado,  
en este cuarto escondido!...

TOIDA

Dejad esos pensamientos.

NEFTALÍ

Mil veces, si bien se apura,  
suele echar la desventura  
de la dicha los cimientos.

SANCHO

Cuando muerto me juzgaron,  
y del ataúd me alcé,  
¿por qué, Dios mío, por qué  
vinieron y me ocultaron?  
Fue una mortaja y arena  
lo que mi tumba encerró,  
sí; pero encima quedó  
el baldón de mi condena.  
¡Huyo falto de vigor,  
entro de noche en Oviedo,  
busco a Ordoño, ¡ay!, y no puedo  
saciar en él mi rencor!

TOIDA

Se empeñó el Rey en traer  
a su palacio a mi tía;  
faltó allá la que os ponía  
freno, y... adiós, a correr.

NEFTALÍ

Guionos a vuestro lado  
un impulso celestial,  
al caer en el umbral  
de la iglesia desmayado.

TOIDA

Bernarda tuvo el acierto  
de venirse con nosotros

aquella noche; que si otros  
os hubieran descubierto...

SANCHO

Me librasteis de morir,  
lo sé: vida me habéis dado;  
mas para un desventurado,  
¿qué beneficio es vivir?

*Escena X*

BERNARDA; dichos.

BERNARDA

(Aparte al salir.) A la calle le envié,  
y va sin que nada note:  
para que no se alborote  
Sancho, disimularé.  
Una noticia importante (Al Conde.)  
que es forzoso que sepáis,  
me han dado. -Sobrino, ¿vais  
a derribar al instante  
este edificio desierto,  
que asilo al Conde le presta?

TOIDA

El Rey siempre me molesta  
con instancias.

BERNARDA

¿Con que es cierto?  
Señor Conde, ya lo oís.  
¿Podréis regir un caballo?

SANCHO

Mejor dicen que me hallo;  
pero...

BERNARDA

¿Por qué no partís?  
¿Por qué habéis de consumiros  
en tan amargo despecho?  
¿No tengo yo algún derecho,  
Conde, para persuadiros

lo que os conviene?

SANCHO

Bernarda,  
sé que os expongo a los tres;  
pero tú sabes quién es  
quien mi partida retarda.

NEFTALÍ

Dejémosla que se entienda  
(Aparte a TOIDA, y ambos se retiran.)  
sola con él.

BERNARDA

No me atrevo,  
señor, lo digo de nuevo:  
es fuerza que se sorprenda  
Jimena mucho, si os ve.

SANCHO

Que sufra.

BERNARDA

Una reflexión.  
No siendo su corazón  
vuestro ya...

SANCHO

¿Cuándo lo fue?  
Sólo yo pude pensar  
¡insensato! que nacida  
de un monarca fratricida,  
Jimena pudiese amar.

BERNARDA

Hacéis un cruel ultraje  
a su virtud.

SANCHO

¡Su virtud!  
Si lleva la ingratitud  
en la sangre su linaje.

BERNARDA

Conde, mirad que esa raza  
tiene sangre que me toca,

y al injuriarla esa boca,  
mereciera una mordaza.  
El ingrato aquí sois vos,  
que me estáis atormentando:  
yo, por quien vivís, yo mando  
que me habléis bien de los dos.

SANCHO

¡Generosa recompensa  
le debo a la noble dama,  
cuando ve que se me infama  
y no sale a mi defensa!  
Ella debe de guardar  
en su poder un escrito,  
que del soñado delito  
me pudiera vindicar;  
y aunque sabe mi inocencia,  
dejó sobre mi memoria  
caer la afrenta notoria  
de una bárbara sentencia.  
Mas yo comprendo el motivo.  
Sí: por Ordoño ha callado.  
Le ama, y ha sacrificado  
el rival difunto al vivo.

BERNARDA

Si os dije...

SANCHO

Bien lo denota  
la repugnancia que siente  
a ver ceñida su frente  
con el velo de devota.  
No tienes que disculparla.

BERNARDA

Y aunque la infanta quisiera  
a Ordoño u otro cualquiera,  
¿de qué podéis acusarla?  
Si aquella tarde de otoño  
quedasteis por ella ciego,  
¿por qué pretendisteis luego  
emparentar con Ordoño?

SANCHO

Calla, imprudente, que ignoras

la rabia que en mí despiertas.  
Ábreme luego esas puertas,  
de mi oprobio encubridoras.  
Poco el salir me embaraza  
como estoy, sin un acero:  
se le arrancaré al primero  
que atraviese por la plaza;  
y en alas del frenesí  
que mi sentido enajena,  
iré y quitaré a Jimena  
la carta que la escribí,  
y en la hoja la pondré  
de un puñal, y por padrón  
de infamia, en el corazón  
de Ordoño la clavaré;  
que defensa darán, harta  
para destruir mi mengua,  
muda de Ordoño la lengua  
y acusándole la carta.

BERNARDA

(Aparte.) Es capaz de ejecutarlo.

SANCHO

Yo pagaré la merced  
que te debo. Adiós.  
(Encaminándose a la puerta.)

BERNARDA

Tened.  
Ya que no puedo evitarlo,  
me resuelvo a daros gusto.  
Veréis a Jimena.

SANCHO

¡Oh gozo!  
Falleciera de alborozo.

BERNARDA

Y tal vez ella de susto,  
si no le aviso con tiento.

SANCHO

¡Oh!, parte, no te detengas,  
pon cuidado en tus arengas,  
y no la des sentimiento,

y sé breve. -¿En qué paraje  
la veré? ¿Cuándo ha de ser?

BERNARDA

Ahora al anochecer,  
cuando, como suele, baje  
a rezar sobre la losa  
de su padre.

SANCHO

¿Al templo? ¿Aquí?  
¡Tan cerca, y no percibí  
las pisadas de mi hermosa!

BERNARDA

Yo la suelo acompañar.  
Os escondéis en lo oscuro,  
y cuando podáis seguro  
hablarla, os iré a llamar.

SANCHO

¡Voy a verla! Me acobardo...  
No, que sabrá la falsía  
del rival que me vendía.  
Ven pronto.

BERNARDA

Voy.

SANCHO

Allí aguardo. (Vanse.)

Escena XI

JIMENA, ORDOÑO; dos Dueñas y dos Pajes con hachas, todos en la galería.

JIMENA

Llegar hasta aquí permito;  
más allá no lo consiento.

ORDOÑO

Nunca falta impedimento  
cuando hablaros necesito.

JIMENA

¿Qué me queréis?

ORDOÑO

¡Ah señora!

Que recordarais el día  
que os vi en aquella alquería,  
vestida de labradora.

JIMENA

Con fácil condescendencia  
me hallaréis a vuestro ruego,  
que los lances de Subrego  
los recuerdo con frecuencia.

ORDOÑO

Si de vuestra indignación  
tal vez provoqué el suplicio,  
me valdré de aquel servicio  
para obtener el perdón.

JIMENA

Aunque no lo divulgué  
por más de un justo respeto,  
ya con usura en secreto  
esa merced os pagué.  
Me encontrasteis fugitiva  
en poder de unos soldados  
que, de orden vuestra apostados,  
hiciéronme su cautiva.  
Llegasteis haciendo muestra  
de obsequioso rendimiento,  
con el rostro amarillento,  
manchada en sangre la diestra;  
y aunque la sangrienta mano  
me dio terrible pesar,  
de ella me dejé llevar  
a los brazos de mi hermano.  
Borrar con aquella hazaña  
quisisteis unos errores,  
y hacer que otros, aún mayores,  
no salieran a campaña.  
Se cumplió vuestro deseo,  
y mi corazón confuso  
adoró lo que dispuso  
el Dios, a quien amo y creo.

Con testimonios bien claros  
os pude entonces perder;  
pero yo quise tener  
un servicio que alegraros.  
Y pues, a lo que imagino,  
la ocasión propia llegó,  
mirad lo que el Rey no vio:  
mirad ese pergamino.

(Saca de la escarcela la carta de SANCHO, y se la presenta a ORDOÑO desplegada.)

ORDOÑO  
(Aparte.) ¡Cielos!, debí de borrar  
otro equivocadamente.

JIMENA  
¿Calláis? Luego es evidente...

ORDOÑO  
Que os dejo continüar.

JIMENA  
Sancho aquí por jefe os pone  
del pasado desconcierto;  
Sancho lo dice... ¡y ha muerto!  
La razón ya se supone.  
Vos me buscasteis a mí...

ORDOÑO  
Para mostraros mi ley,  
para entregaros al Rey.

JIMENA  
Yo me lo persuado así;  
pero ya, según justicia,  
creo que os he satisfecho  
callando lo que habéis hecho  
en mi favor en Galicia.  
Y si estimáis un aviso,  
guardaos de recordar  
lo que trato de olvidar  
porque así el cielo lo quiso.

(Esforzándose a disimular el sentimiento con la cólera.)

Prevenid la ira y sonrojos

que en mí la memoria labra,  
o yo con una palabra  
os haré bajar los ojos.

ORDOÑO

¡Me amenazáis... y se trunca  
vuestra voz entre suspiros!

JIMENA

Tanto me cuesta el oíros.  
No volváis a verme nunca.  
(Vase, y síguenla las dueñas y los pajes.)

*Escena XII*

ORDOÑO, y después ALFONSO y SILO.

ORDOÑO

¿Que nunca la vuelva a ver?  
Os veré, bella enojada;  
pero será cuando nada  
tenga de vos que temer.  
Preciso es que me apodere  
de la carta. (Salen ALFONSO y SILO.)

ALFONSO

Silo, estoy  
de prisa; a la iglesia voy  
a orar: sea la que fuere,  
decid a Ordoño la urgencia.

SILO

A vos.

ORDOÑO

¿No fiáis de mí?

SILO

¿Quién reina?

ORDOÑO

¡Oh!, yo no.

ALFONSO

Yo sí.

SILO

A vos toca darme audiencia.

ALFONSO

La doy.

ORDOÑO

¡Bondad sin ejemplo!

SILO

Que salga, y después alabe.

ALFONSO

Salid.

ORDOÑO

Voy. (Aparte. Cogí una llave  
a Bernarda: torno al templo.) (Vase.)

*Escena XIII*

ALFONSO, SILO.

ALFONSO

¿Qué es ello?

SILO

Yo he procedido  
con vos como un desalmado,  
y vos me habéis perdonado.

ALFONSO

Eso es...

SILO

Notorio y sabido,  
no hay duda; mas viene a cuento  
para añadir que sería  
un vil yo, si ver no hacía  
pronto mi agradecimiento.

ALFONSO

Muy bien.

SILO

Pues, señor, salí  
de aquí con harto bochorno,  
y paseándome en torno  
de la iglesia, hablar oí.

ALFONSO

¿Dentro del templo?

SILO

En un cuarto  
de la torre; me da gana  
de escuchar a la ventana,  
llego, oigo, miro... y me aparto  
al punto con tal asombro,  
que os juro sentí en el cuello  
erizárseme el cabello,  
retirándose del hombro.

ALFONSO

¿Quién pudo rendir tu brío  
con sólo el aspecto suyo?

SILO

¿Quién? Un enemigo...

ALFONSO

¿Tuyo?

SILO

Es vuestro, de Ordoño y mío.

ALFONSO

¿Algún conjurado?

SILO

Pues,  
que allí aguarda por ventura  
favorable coyuntura  
para acabar con los tres.

ALFONSO

Has obrado cuerdamente  
en hablar conmigo solo.

SILO

En ese escondite hay dolo,  
y el peligro es inminente,  
porque el refugiado es hombre  
capaz...

ALFONSO

¡Silencio profundo!

SILO

Sabed que es...

ALFONSO

A todo el mundo  
has de ocultar ese nombre.

SILO

¿Ya dais en quién puede ser?  
(Aparte. Este Rey no tiene precio.)

ALFONSO

(Aparte.) (Aún no ha comprendido el necio  
que no lo quiero saber.)  
Te nombro por la lealtad  
que en guardar mi vida pones,  
alcaide de las prisiones  
de palacio.

SILO

Descuidad.  
No ha de escapárseme reo,  
poniéndole yo entre barras.

ALFONSO

A tu enemigo...

SILO

A mis garras  
venir a parar le veo.  
Daré de mi celo pruebas.

ALFONSO

Le buscas.

SILO

Bien.

ALFONSO  
Llevarás...

SILO  
Espada.

ALFONSO  
Estará de más.

SILO  
Él no la tiene.

ALFONSO  
La llevas.  
Te daré, como a hombre fiel,  
un bolsillo.

SILO  
Recibí  
uno ya.

ALFONSO  
No es para ti  
éste.

SILO  
Pues ¿es para él?

ALFONSO

SILO  
¿Para el escondido?

ALFONSO  
Sí.

SILO  
Yo creí que era pago...  
Y de la espada, ¿qué hago?

ALFONSO  
Te llegas muy comedido,  
con ella y con el dinero  
en la mano, y dices: «Soy

de casa de Alfonso, que hoy  
supo de vos, caballero;  
y no siendo esa morada  
la que hombre cual vos merece,  
en el alcázar se ofrece  
a daros mejor posada:  
pero si vos aceptar  
no queréis la franca oferta,  
un paje os tiene a la puerta  
caballo para viajar;  
y este hierro y este oro  
os darán, si el caso llega,  
favor en una refriega,  
y en toda ocasión decoro.  
Partid, pues, sin embarazo,  
y luego volved acá;  
porque si tardáis, irá  
el Rey...

SILO

Y os dará...

ALFONSO

Un abrazo.»

SILO

¡Un abrazo! Y yo que quiero  
interpretar... ¡Me he lucido!  
Vamos, quedo convencido  
de que soy un majadero.

Escena XIV

ORDOÑO, que sale de la iglesia; ALFONSO, SILO.

ORDOÑO

(Al Rey.) ¿Aquí estáis? Oíd.

ALFONSO

¿De dónde  
venís?

ORDOÑO

Del templo, señor.

He descubierto un traidor  
que en esos muros se esconde.  
Peligra vuestra corona.

ALFONSO  
No tal.

SILO  
Bien segura está.  
Sabe el Rey el caso ya,  
y conoce la persona.

ORDOÑO  
¿Cómo?

ALFONSO  
(A ORDOÑO.)  
Que calléis os pido.  
Voy a enviarle a decir  
que puede verme, o partir.

(Vase, y síguele SILO.)

ORDOÑO  
Si habla con él, soy perdido. (Vase.)

*Escena XV* (En la torre.)

SANCHO, que trae en brazos a JIMENA, desmayada; BERNARDA, con una luz.

BERNARDA  
Colocadla en un asiento.  
(Pónenla en una silla.)  
En el claustro se quedó  
todo el acompañamiento;  
nada han visto.

SANCHO  
¡Respiró!  
Albricias. Cobrad aliento,  
señora.

BERNARDA  
Prenda del alma,

vuelve en ti.

JIMENA

¡Jesús!, dijera...

(Haciendo ademán como de quien se quiere desasir de una persona.)

¡Qué osadía tan grosera!

BERNARDA

No te fatigues; ten calma.

SANCHO

¡Siempre conmigo severa!

JIMENA

(Mirando al Conde.) Esa voz es conocida.

Habla, habla más, por favor.

SANCHO

Perdona, bien de mi vida.

JIMENA

¿Cómo, estando prevenida,

me asustó mi salvador?

Yo de vos perdón imploro.

SANCHO

¡Ángel del cielo estrellado,

causa de mi eterno lloro!...

JIMENA

¿Vos habéis por mí llorado?

SANCHO

¿Pues no sabes que te adoro?

JIMENA

Acaso en mi turbación

hable yo sin fundamento;

mas tengo en el corazón

la nueva de un casamiento,

la herida de una traición.

Y a no ser hoy liviandad,

quizá os dijera con ira

que os culpan de falsedad

palabras que son mentira

y acciones que son verdad.

(BERNARDA se retira.)

SANCHO

A escuchar hoy me resigno  
con la humildad que otras veces  
quejas de que no soy digno,  
ya que un labio tan benigno  
todo es para mí esquivaces.  
Fue, cuando allá en la quietud  
de un aposento enlutado  
me dio el Señor la salud,  
y me encontré abandonado,  
tendido en un ataúd,  
fue el pensamiento primero  
que el alma supo formar,  
pedir al Dios verdadero  
que me dejase llegar  
a decir cuánto te quiero.  
Porque yo, luz de mis ojos,  
que te di sin conocerte  
vida y alma por despojos,  
y sentí más que la muerte  
ocasionar tus enojos,  
yo no entendía que hubiera  
mayor dicha, mayor bien,  
que vivir hasta que viera  
mi amada la fe sincera  
del que llora su desdén.  
Aunque adorarte es delito  
que puede costarme caro,  
mi amor, Jimena, es tan raro,  
que tú infanta y yo proscrito,  
yo ni en ti ni en mí reparo.  
Media un abismo sin fin  
entre ambos; pero en ti yo  
sólo miro el serafín  
cuya luz me deslumbró  
hace un año en el jardín.  
¡Ay!, en aquel paraíso  
donde fe pura y ardiente  
juró mi labio sumiso,  
resbalando por el piso  
nos sorprendió la serpiente.  
Una mujer, una espía  
por Ordoño asalariada,

nos miraba, nos oía.

JIMENA

(Aparte.) ¡Y respeté a la malvada,  
cielos, cuando me vendía!

SANCHO

Ese vil calumniador,  
aborto de los infiernos,  
hizo cundir el rumor  
de que intentaba vendernos  
tu hermano al Emperador;  
y contra mi sencillez  
de soldado, hicieron liga  
dos monstruos de avilantez,  
y me pareció su intriga  
empresa de honor y prez.  
Logró Floresinda echar  
a mi cuello una cadena  
que no supe rechazar;  
sí. -Yo tenía que amar,  
y no encontré a mi Jimena.

JIMENA

Sólo de Ordoño el acento  
en mi pecho despertaba  
desdén y pesar violento,  
y yo capricho juzgaba  
lo que era presentimiento.  
Mas ya vengo a comprender  
que a la invencible aversión  
hacía bien en ceder,  
pues hizo mi corazón  
justicia en aborrecer.

SANCHO

¿Tú le aborreces? ¿Es cierto?

JIMENA

Ya a perdonarle me inclino.  
Ayer os juzgaba muerto,  
y él era vuestro asesino.

SANCHO

¡Yo no sé si estoy despierto!  
Mas no: todo es ilusión

de que es tiempo que despierte,  
pues me dice la razón  
qué poco sintió mi muerte  
quien permitió mi baldón.  
Al Rey le debiste osada  
poner mi pliego en la mano.

JIMENA

Y al verme en llanto anegada,  
¿qué hubiera en tal abogada,  
qué hubiera visto mi hermano?

SANCHO

Será mucho presumir;  
pero en esos ojos noto...  
Di, por Dios...

JIMENA

¿Qué he de decir,  
si el labio me cierra un voto  
que tengo a Dios que cumplir?

SANCHO

¿Qué amante ese voto hace?

JIMENA

¿Y qué celosa deslinda  
si es bien que al altar se abrace?  
Yo supe el funesto enlace  
tratado con Floresinda.  
Tiempo es de que reflexiones,  
tú que con tal arrogancia  
me hiciste reconvenciones,  
que de ti tomé lecciones  
de perfidia, de inconstancia.  
Tú, con dejarme de ver,  
dejaste en mí de pensar,  
y quisiste otra mujer;  
yo no te debí querer,  
y no te pude olvidar.

SANCHO

¡Qué oigo!

JIMENA

En esta confesión,

Conde, sólo tienen parte  
mi decoro y mi opinión,  
porque tengo que anunciarte...

SANCHO

¿Qué?

JIMENA

Nuestra separación.  
Ser del Señor ofrecí,  
si de un riesgo me salvaba,  
y al punto libre me vi:  
ya del Señor soy esclava,  
pues hizo lo que pedí.  
Contra la suerte luchamos,  
y no hay poder que esclavice  
tal poder. -Sancho, cedamos.  
Conspiraste, y votos hice:  
no es dable que nos unamos.

SANCHO

¡Separarnos, cuando afable  
tu rostro vine a mirar!  
Mas ¿qué tengo que extrañar?  
Soy un reo miserable:  
nos debemos separar.

JIMENA

¡Ingrato! Mi triste duelo  
podrás hacer que se aumente;  
pero yo tendré el consuelo  
de haber cumplido igualmente  
con el hombre y con el cielo.  
Yo te justificaré,  
para que cobres tu honor;  
yo a mi hermano le diré  
que si conspiraste, fue  
para servirle mejor.  
Aquí es fácil que te vean,  
y tu carta es de tal suerte,  
que más habrá de valerte,  
si yo logro que me crean  
y no se duda tu muerte.  
Parte a Castilla, y después  
de absuelto, podrás sin miedo  
descubrirte donde estés;

mas no pongas en Oviedo  
en mucho tiempo los pies.  
Disimular no sabrás  
tu pasión, por más que hicieres;  
y si mi hermano quizás  
adivina que me quieres,  
no te perdona jamás.  
Renuncia esperanzas vanas,  
y acometiendo las villas  
a la frontera cercanas,  
envíanos a gavillas  
las banderas africanas;  
y un grito de admiración  
a cada instante una nueva  
traiga de mi campeón,  
de la margen del Carrión  
hasta la orilla del Deva;  
y deme yo el parabién  
si con tierno lloro mancho  
el velo que orne mi sien:  
sabré que si quiero a Sancho,  
que si le adoro, hago bien.

#### SANCHO

No prosigas de esa suerte,  
que al mirar tanto heroísmo  
se hace mi pasión más fuerte,  
pues conozco por lo mismo  
cuánto pierdo con perderte.  
No hagas caso del dolor  
a que ves que me rendí:  
ya me grita el pundonor  
que si no tengo valor,  
no seré digno de ti.  
Bien: partiré, viviremos  
en diferente lugar,  
en apartados extremos;  
por apartados que estemos,  
al fin nos hemos de hallar.  
Rival que mi fe venera,  
gozará en ti señorío  
de duración pasajera:  
sólo a Dios yo le sufriera  
que me robe tu albedrío.  
Pero la Suma Bondad  
bien querrá favorecernos

acortando nuestra edad,  
para dejarnos querernos  
por toda una eternidad.  
Di, pues, cuándo partiré,  
aunque el corazón me tronces.

JIMENA  
Con la aurora.

SANCHO  
¿Volveré  
a verte?

JIMENA  
Recibiré  
tu abrazo segundo entonces.

SANCHO  
¿El segundo?

JIMENA  
¿Cuál intento  
fue el que esta noche tuviste,  
que al entrar tan desatento  
en la capilla, me hiciste  
perder el conocimiento?

SANCHO  
¡Jimena!

JIMENA  
¡Tú con el manto  
la cara de mí ocultar  
cuando hacia ti me adelanto,  
y para mayor espanto  
la única luz apagar!

SANCHO  
¡Jimena!

JIMENA  
¡Un rapto! ¿Qué furias  
te hicieron desatender  
los fueros de una mujer?  
¡Robar la Infanta de Asturias!  
Quien ama, no ha de ofender.

SANCHO

¿Yo robarte? ¿Qué demencia  
te asalta? ¿Cuándo me oíste?...

JIMENA

Silencioso a mí viniste;  
que te acusó la conciencia  
y por eso enmudeciste.

SANCHO

Aguarda, Jimena, aguarda,  
que ya un odioso recelo  
todo el pecho me acobarda.  
Mira que te hallé en el suelo  
cuando llegué con Bernarda.

JIMENA

¡Dios mío!

SANCHO

Mira que hallamos  
en tinieblas la capilla;  
mira que los dos te alzamos;  
mira que mi fe sencilla  
te respetó siempre.

JIMENA

¡Estamos  
ya descubiertos!

SANCHO

¿Qué ha sido?

JIMENA

Sí, cuando yo sola estaba,  
y trémula te aguardaba,  
allí un hombre ha parecido.

SANCHO

Sus señas, su porte: acaba.

*Escena XVI*

BERNARDA, JIMENA, SANCHO.

BERNARDA

Señora, vamos corriendo,  
que el Rey os viene a buscar  
extrañando la tardanza,  
y tengo un susto mortal.  
Me falta una llave: Ordoño  
me la debió de quitar,  
y puede entrar en la iglesia.

JIMENA

¡Él entró sin duda ya!

SANCHO

¡Ordoño!

JIMENA

Huyamos.

SANCHO

Escucha.

*Escena XVII*

ALFONSO, ORDOÑO, SILO y Soldados, en la galería; SANCHO, JIMENA y BERNARDA, en el cuarto de la torre.

ALFONSO

(A ORDOÑO.) Vos esta puerta guardad.  
(Aparte. ¡Sancho y Jimena en el templo!)

JIMENA

Adiós: luego me verás. (Vase con BERNARDA.)

ALFONSO

Vosotros conmigo.

(Pasa con algunos soldados a la iglesia.)

SANCHO

Voy  
a matar a mi rival  
donde quiera que le encuentre. (Vase.)

ORDOÑO

Las lanternas ocultad.  
Silo, que serváis al Rey.

SILO

A él, sí; pero nadie más.

JIMENA

(Dentro.) ¡Socorro!, ¡favor!

BERNARDA

(Dentro.) ¡Socorro!

SANCHO

Ya tengo con que lidiar.

(Saliendo a la galería con una espada en la mano, defendiéndose de los soldados que le acosan.)

Venid. -¡Ordoño! (Se encamina a él.)

ORDOÑO

Prendedle.

ALFONSO

Prended a ese desleal.

(Volviendo a la galería con JIMENA de la mano.)

JIMENA

No es desleal: en mi mano  
su vindicación está.  
Conde, soltad esa espada,  
que no la necesitáis. (La entrega el Conde.)

ALFONSO

¿Por qué te hablaba ese aleve?

JIMENA

Porque viene a reclamar  
un escrito que en Galicia  
me confió. Escucha y haz  
justicia. (Abriendo la escarcela.)

ORDOÑO

Ved el escrito;  
sí, vedle.

JIMENA  
¡Dios de piedad!  
¡Me le han robado!

SANCHO  
Ese infame...

ALFONSO  
Basta. Silo, sepultad  
al villano usurpador  
de la corona real  
en el más ruin calabozo  
que a un esclavo se le da.

JIMENA  
Respétese su fuero.

ALFONSO  
Le degradó un tribunal.

SANCHO  
Me sentenció sin oírme.

ALFONSO  
Llévadle atado: acabad.

JIMENA  
Eso no. Sancho es mi esposo:  
tratádmelo como tal.

### ACTO TERCERO

Sala del palacio de ALFONSO. Una mesa con recado de escribir. Algunas armaduras colgadas del muro. Una puerta a cada lado.

#### *Escena I*

ALFONSO, sentado cerca de la mesa; BERNARDA, TOIDA y NEFTALÍ, que salen conducidos por SILO.

SILO

Ordoño, si dais licencia,  
se os quisiera presentar  
después de acabado el juicio.

ALFONSO

¿Cómo se defiende?

SILO

Mal;  
pero niega bien.

ALFONSO

¿Y el Conde?

SILO

O no dice la verdad,  
o yo no sé conocerla,  
o él no la puede probar.

ALFONSO

Traed a Ordoño al volverle  
a la prisión.

SILO

Bien está. (Vase.)

TOIDA

Los jueces nos encomiendan,  
señor, a vuestra piedad.  
Perdonadnos. (Arrodíllanse TOIDA y NEFTALÍ.)

NEFTALÍ

¡Perdonadnos!

TOIDA

Tía, ¿no os arrodilláis  
con nosotros?

BERNARDA

No pequé:  
no tengo por qué rogar.

ALFONSO

¿Por qué habéis favorecido

a mi enemigo mortal?

NEFTALÍ  
Era un joven...

TOIDA  
Un guerrero.

NEFTALÍ  
Y quisimos imitar  
vuestro ejemplo.

TOIDA  
Recordamos  
con qué magnanimidad  
les disteis a los rebeldes  
amnistía general.

ALFONSO  
A él no.

TOIDA  
Ya; pero nosotros  
dijimos: por uno más...

NEFTALÍ  
Bernarda, señor, que os tiene  
un cariño maternal  
a vos y a Jimena, dijo...

BERNARDA  
Que era su deber salvar  
a un huésped suyo.

NEFTALÍ  
Que el Conde,  
aunque conoció el disfraz  
de la Infanta allá en Galicia,  
se portó noble...

ALFONSO  
Y galán;  
decidlo: es su amante.

TOIDA  
Y bien:

¿por qué lo hemos de negar,  
si ya la vida del Conde,  
mediando respeto tal,  
nos debió de parecer  
sagrada?

NEFTALÍ  
Considerad  
que nuestro amor a Jimena  
socorro nos hizo dar  
al Conde, y por ella diéramos  
la vida.

ALFONSO  
Libres estáis.

BERNARDA  
¡Ah señor!

(Queriéndose arrodillar con TOIDA y NEFTALÍ.)

ALFONSO  
Hicisteis bien.

TOIDA  
Mi sangre...

NEFTALÍ  
Mi oro...

ALFONSO  
Marchad.  
(Vanse BERNARDA, TOIDA y NEFTALÍ.)

## *Escena II*

SILO, ORDOÑO, ALFONSO.

SILO  
Aquí está el reo: uno de ellos  
quise decir.

ORDOÑO  
¡Silo!

SILO

¡Bah!

¿Quién no le sufre a un amigo  
una familiaridad?

ALFONSO

Dejadnos solos.

SILO

Entonces

permitidme colocar  
centinelas a las puertas,  
porque a mí me pedirán  
el preso, si se me fuga  
por una casualidad.

ALFONSO

Cumplid vuestra obligación,  
que él la suya cumplirá. (Vase SILO.)

*Escena III*

ALFONSO, ORDOÑO.

ALFONSO

¿Os han sentenciado?

ORDOÑO

Sí.

ALFONSO

¿A qué?

ORDOÑO

A perder mi caudal  
y a destierro.

ALFONSO

No esperé  
yo tanta severidad.

ORDOÑO

Yo sí: os lo dije.

ALFONSO  
¿Y a Sancho?

ORDOÑO  
A lo que era de esperar,  
se confirma la sentencia  
de antes: pena capital  
e infamia. Dentro de poco  
os traerán a firmar  
ambos fallos; para mí  
hay una distinción.

ALFONSO  
¿Cuál?

ORDOÑO  
En vista de mis servicios,  
y de que vuestra bondad  
me tenía perdonado,  
una súplica eficaz  
en mi favor os dirigen.

ALFONSO  
Bien: atendida será.  
Si he permitido a los jueces,  
por no mostrarme parcial,  
que os prendieran, mi palabra  
no debe volver atrás.  
Conservaréis vuestra hacienda.

ORDOÑO  
Gracias.

ALFONSO  
Con sinceridad  
os declaro que no puedo  
concederos que sigáis  
de Conde de los notarios,  
por la grande enemistad  
que ha mostrado en este juicio  
una parte principal  
de los nobles hacia vos.

ORDOÑO  
Conspiraron a la par

conmigo; nada alcanzaron,  
y yo sí: era natural  
que a la primera ocasión  
me quisieran derribar.  
Luego, Sancho (yo confieso,  
señor, mi temeridad)  
me ha acusado de un delito  
que a vos no debo negar.

ALFONSO  
¡Cómo!

ORDOÑO  
Compasión imploro:  
es cierto, fui su rival.

ALFONSO  
¡Tú amas a Jimena, tú  
también!

ORDOÑO  
Muchos años ha.

ALFONSO  
¿Y no has temblado al hacerme  
revelación tan audaz?  
¡Un enemigo, un traidor,  
sus pensamientos alzar  
hasta la hermana de aquél  
que entre ignominia y afán  
hoy viviera desterrado  
lejos del suelo natal,  
si no hubiera una justicia  
que abatiese la maldad!

ORDOÑO  
Señor...

ALFONSO  
¿Qué jueces son esos  
que no saben despojar  
el corazón de un culpado  
de todo velo falaz?  
¡Muerte a Sancho, a vos destierro,  
y ser el delito igual!  
Porque ya la acusación

que no ha podido probar  
el Conde, para mí queda  
convertida en realidad,  
pues un rival de la especie  
que vos, de todo es capaz.

#### ORDOÑO

¡Ah!, quien ama, y años y años  
tiene su amor que callar,  
porque ve que sus suspiros  
aversión excitarán,  
¿cómo no ha de aborrecer  
de muerte al hombre fatal  
que le usurpa una ventura  
que ya no espera jamás?  
Vos, que por una excepción,  
harto digna de envidiar,  
tranquilo entráis en los años  
de la varonil edad  
sin haber sentido celos  
ni saber lo que es amar,  
achacaréis a delito  
lo que es infelicidad;  
y no podréis entenderme,  
y aun oírme os cansará,  
porque juez que nunca erró  
no acostumbra perdonar.  
A las flaquezas ajenas  
las propias disculpas dan;  
y vos, que absoluto imperio  
en vuestro pecho gozáis,  
que a vuestro querer las olas  
le detenéis a ese mar,  
que lleváis a la razón  
sujeta la voluntad,  
y miráis una hermosura  
cual un busto de metal,  
vos ¡ah!, no podéis en mí  
vuestro retrato mirar.

#### ALFONSO

¿Quién os ha dicho que yo  
no pagué a la humanidad  
el tributo que ninguno  
debe ni puede negar?

ORDOÑO

Pero si habéis una vez  
amado vos, confesad  
que habrá sido sin tener  
imposibles que allanar.

ALFONSO

¡Imposibles!

ORDOÑO

No habréis sido  
el testigo presencial  
y continuo de las gracias  
nacientes de una beldad;  
no la habréis visto, capullo  
escondido en el rosal,  
crecer, sus hojas abrir,  
y lozano derramar  
en las auras el aroma  
de su cáliz virginal;  
no habréis sentido el horrible  
tormento de codiciar  
una prenda que no había  
de ser para vos.

ALFONSO

Cesad.

ORDOÑO

No habréis querido a una joven,  
que os escuchara jovial  
como deuda, que os tuviese  
deferencia y amistad,  
y os hubiera aborrecido  
en llegando a sospechar  
que por ella vuestro pecho  
ardía en llama voraz.  
¡Alfonso! ¡Dichoso vos,  
dichoso os vuelvo a llamar,  
que de amor no habéis sufrido  
la dura cautividad!

ALFONSO

Ordoño...

ORDOÑO

Compadecednos,  
y no dudéis que será  
horroroso padecer  
y no poderse quejar.

ALFONSO  
¡Qué! ¿Nunca habéis roto vos  
ese silencio tenaz?

ORDOÑO  
Quise atreverme una vez;  
mas al quererme explicar,  
me atajaron los enojos  
de la rígida beldad.

ALFONSO  
Si ella os castigó por eso,  
no os debo yo castigar.

*Escena IV*

BERNARDA, LUPO, ALFONSO, ORDOÑO.

BERNARDA  
Señor, la Infanta me envía  
a pedir que permitáis  
que os vea ya.

ALFONSO  
Sí: mandé  
que no me pudiese hablar  
mientras no se sentenciara  
esa causa, y ya lo está.  
Que venga. (Vase BERNARDA.)

LUPO  
Os presento aquí  
los fallos del tribunal.

ALFONSO  
Los veré. Llamad a Silo. (Vase LUPO.)

ORDOÑO  
(Aparte.) Amansó la tempestad.

Echada está la semilla;  
su fruto producirá. (Sale SILO.)

ALFONSO

Llevad a Ordoño a la torre, (A SILO.)  
y vos mi firma esperad. (A ORDOÑO.)

SILO

(A ORDOÑO.) Vamos.

ORDOÑO

De un grave negocio

(Aparte a SILO al irse.)

me importa conferenciar  
con Bernarda al punto: creo  
que tú la permitirás  
que venga a la cárcel.

SILO

¡Oh!

No tengo dificultad.

(Vanse ORDOÑO y SILO.)

### *Escena V*

JIMENA, ALFONSO.

JIMENA

Ya que hoy el entredicho se levanta  
que en medio de los dos vuestra ley puso,  
fuerza será que me escuchéis. No intento  
quejarme ya del abandono duro  
que por tres días padecí...

ALFONSO

Jimena,

Jimena, perdonad si os interrumpo.  
El Rey de su presencia os alejaba;  
pero el hermano sin cesar estuvo  
viendo a su hermana, por angosto hueco  
disimulado en el macizo muro

que cerca esa mansión.

JIMENA

¿Tú me veías?

ALFONSO

Te vi, te vi, de admiración confuso,  
llanto afrentoso derramar, y al cielo  
dirigir ayes de dolor espurio;  
y la vergüenza que de ti me daba,  
tan sola fue la que impedirme pudo  
que corriese a decir: «Ven, mi Jimena,  
vierte en mi seno la aflicción del tuyo.»

JIMENA

¡Ah!, me queda un hermano todavía;  
todavía no estoy sola en el mundo.

ALFONSO

¿Qué quieres de tu Alfonso?

JIMENA

Que no extrañe:  
si por un desdichado le pregunto,  
y su sentencia me revele: a todos  
con iguales palabras importuno,  
y en respuesta me dan vaga esperanza  
con labio alegre y con semblante mustio.  
¿Qué falló el tribunal?

ALFONSO

Míralo.

(Dándole la sentencia del Conde.)

JIMENA

¡Muerte!  
¡Y a Ordoño Sancho confundir no supo!

ALFONSO

¿Con qué pruebas?

JIMENA

¡Ay Dios!, no recordaba  
que fuera allí mi testimonio nulo,  
a tenerle que dar. A ti, que sabes

que es incapaz mi boca de un perjurio;  
a ti, que puedes la cruel sentencia  
deshacer con un rasgo de tu puño,  
por esta cruz del sacrosanto leño

(Poniendo la mano sobre la que lleva al cuello.)

la inocencia de Sancho afirmo y juro.  
Él en Galicia me entregó una carta,  
y en ella el plan del bárbaro tumulto  
por Ordoño su autor; y el vil Ordoño,  
a favor luego del horrible susto  
que mis sentidos embargó un instante,  
medio de recobrar el pliego tuvo.  
Falte a mis ojos la celeste lumbre,  
si a Ordoño en algo sin verdad acuso.

ALFONSO

¡Crédula! Tus palabras son el eco  
de la pérfida voz que te sedujo.  
Alzarse contra mí, y a los halagos  
de mi hermana aspirar, era un insulto  
que tú no habías de sufrir; el Conde  
para evitar tu cólera, supuso  
la carta que perdiste, y a mostrarla,  
se volviera tal vez en daño suyo.

JIMENA

¡Ah!, ¡qué mal le conoces!

ALFONSO

A sus jueces  
remito mi opinión. Mas ¿qué disputo?  
¿Puedes negarme que estalló en su nombre  
la rebelión que de mi trono augusto  
con furor me lanzó? ¿Puedes negarme  
que entre ruidosos vítores del vulgo  
fue proclamado Rey, mientras corría  
tras mí con una tropa de verdugos?  
Si fue leal a mi persona el Conde,  
¿por qué con tan extraño disimulo  
los lazos ocultó que me tendían,  
y ayudó a los rebeldes para el triunfo?

JIMENA

Pide sagacidad al cortesano

en las marañas áulicas maduro;  
que un joven de Castilla sólo sabe  
con sangre de Ismael hacer fecundo  
el nativo confín. Ordoño, Ufila,  
cuantos crédito dieron al absurdo  
rumor del vasallaje a Carlomagno,  
reos son como Sancho, y a ninguno  
quisiste castigar.

ALFONSO

Por eso es fuerza,  
si el reino quiero mantener seguro,  
un escarmiento hacer. Yo no buscaba  
la víctima; su estrella la condujo  
aquí; la ley sobre su cuello pide  
que hiera; hiero: mis deberes cumplo.

JIMENA

¡Cielos! Y Ordoño en tanto...

ALFONSO

Yo no puedo  
distinguir el malvado del iluso.  
Ni Ordoño, ni otros ciento de mi corte,  
que son cobardes aunque son astutos,  
conspirarán jamás, a no ofrecerles  
el Conde su valor. Muy útil juzgo  
que la ambiciosa juventud aprenda,  
viendo a Sancho morir, cuál es el fruto  
de la imprudencia y la traición.

JIMENA

¡Ingrato!  
El Conde libertarte se propuso.

ALFONSO

Perfidia doble: pues a dos vendía,  
tome venganza por los dos el uno.

JIMENA

¡Sancho, Sancho morir! Es imposible  
que puedas tú pensar lo que iracundo  
tu labio dice sin querer. ¿Olvidas  
que yo le tengo amor?

ALFONSO

Ése es un hurto  
que haces a Dios, a quien te liga un voto.

JIMENA

Yo lo quise cumplir, aunque me indujo  
a formar el pesar, más que el deseo  
de que tuviera fin nuestro infortunio.  
Aquella noche que prendiste a Sancho,  
noche cubierta para mí de luto,  
¿sabes cuál fue la ley que irrevocable  
mi varonil resolución le impuso?  
La de alejarse para nunca verme,  
la de morir por libertar del yugo  
musulmán españoles, que aumentaran  
fuerzas a tu poder, glorias al culto.  
Esto me prometió, y esto cumpliera,  
sin el lance fatal que le detuvo.

ALFONSO

¿Cómo al verme después, se convirtieron  
tan bizarros propósitos en humo?

JIMENA

Tú quisiste en mi amado envilecerme,  
y eso jamás lo sufrirá mi orgullo.

ALFONSO

Lo tendrá que sufrir. La decantada  
separación entiendo, el fin descubro.  
Esperabas que al Conde sus proezas  
engrandecieran a tan alto punto,  
que pudiese pedir tu mano en premio,  
y en mí negarla pareciera injusto.  
Acaso calculasteis los azares  
de la guerra también, a que conduzco  
mi nación hasta hoy adormecida,  
y os prometisteis el aciago nudo  
estrechar algún día, siendo el ara  
de esa unión que detesto, mi sepulcro.  
No, que te hará otra tumba con oprobio  
buscar en una celda tu refugio.

JIMENA

Se estrechará, se estrechará primero  
esa unión infeliz, contra tu gusto.  
De mi voto el prelado me dispensa,

y esposa puedo ser; niega el indulto  
a Sancho, manda que su sangre corra:  
mujer que a costa de su honor sostuvo  
que era esposa de un hombre, ya es forzoso  
que la mano le dé.

ALFONSO

Será difunto  
un instante después.

JIMENA

Sancho del golpe,  
yo de la pena, moriremos juntos.

ALFONSO

¡Cuánto le ama, oh Dios!

JIMENA

¿Que si le amo?

Tú no lo puedes comprender, y dudo  
si yo misma hasta aquí supe que fuese  
mi amor tan entrañable como puro.  
Pocos instantes por la vez primera  
le hablé cuando la suerte le condujo  
al vergel cuya cerca levantaban;  
pocos instantes, que cortés anduvo  
(acaso por demás) en retirarse  
cuando vio mi desdén sobrado adusto;  
y sin embargo, sus palabras fueron  
por todo un año mi placer, mi estudio,  
mi continua ilusión. En nuestra fuga  
veloz, en medio del peligro sumo,  
sólo me consolaba el pensamiento  
de que siguiera Sancho nuestro rumbo.  
¿Que si le amo? Por amarle sólo,  
disimulando mi dolor agudo,  
que a Saldaña partiera le pedía;  
porque le amo, resistí el impulso  
de tus iras, al ver que con afrenta  
le iban a hundir en calabozo inmundo;  
porque le amo, en fin, ves que a tus plantas  
de la altivez de Infanta me desnudo,  
y te pido piedad, perdón, la vida  
de Sancho, que es la mía.

ALFONSO

(Aparte.) (¡Cuánto sufro!)  
Levanta.

JIMENA

No, derramaré en el suelo  
mi ardiente lloro sin reparo alguno,  
aunque a tus pies me vean, y me ahogue  
mi sonrojo después.

ALFONSO

(Aparte.) ¿Dónde me oculto?

JIMENA

Tú, benigno con todos, ¿es posible  
que con tu hermana rígido y sañudo  
sólo vengas a ser? Selo en buen hora.  
Yo cedo a tu rigor y no murmuro,  
si la víctima soy: muera yo y viva  
Sancho.

ALFONSO

¿Por él?...  
(Con un violento ademán de cólera.)

JIMENA

Tu rostro furibundo  
me anuncia que te enojo con hablarte  
de mi amor; está bien: ya le sepulto  
en el pecho, ya callo, y me levanto.  
No te irrites; mudemos de discurso;  
hablemos del cariño que te tengo,  
del que me tienes tú: siempre mi escudo  
fue mi hermano, mi guía. Alfonso, dime:  
con mi fatal pasión, ¿en qué te injurio?  
¿Temes acaso que te olvide? Mira:  
primero a Sancho. Indúltale, y pronuncio  
mi voto. Pero lloras. ¡Ah!, yo venzo.  
Naturaleza cobra su tributo.  
Vivirá el Conde.

ALFONSO

Vivirá.

JIMENA

Consiente  
que mis brazos...

ALFONSO

Aparta. Restituyo  
a Sancho sus honores, si le dices...

JIMENA

Habla: ninguna condición rehúso.

ALFONSO

Le dirás, y de modo que lo crea,  
para atajar a su ambición el curso,  
que se olvide de ti, que no le amas  
ni le amaste jamás.

JIMENA

¿Qué es lo que escucho?  
¡Yo desmentir mi amor! ¡Mentirle a Sancho!

ALFONSO

Con tu primera falsedad te arguyo.  
Mentísteme diciéndote casada;  
mentira fue que deshonor produjo:  
miéntele al Conde por honor ahora.  
O mientes, o perece: no hay efugio.

JIMENA

No morirá, que tu palabra tengo:  
la diste y eres Rey.

ALFONSO

Tiembla si abuso  
de mi poder, Jimena. Mi mandato  
se ha de cumplir.

JIMENA

Tirano sin segundo,  
ya te conozco: porque nunca puerta  
para el amor en tus entrañas hubo,  
de nuestras almas desterrar pretendes  
el dulcísimo afecto que no plugo  
al cielo coronar. Odio quisiste  
sembrar entre nosotros: harto justo  
es que recaiga en ti.

ALFONSO

Calla: no digas

que me aborreces, no.

JIMENA

Lo digo, y huyo  
de tu presencia.

ALFONSO

Ve, ve a prepararte  
para tus bodas, que al momento, al punto  
las voy a celebrar; no con el Conde,  
no con el Redentor: con un verdugo  
cuya vista no más te martirice;  
con Ordoño: tus votos oportuno  
el prelado anuló. Parte, no temas;  
el Conde vivirá, yo lo aseguro.

JIMENA

Un sacrificio que me dé la muerte  
será un favor: te lo agradezco mucho. (Vase.)

### *Escena VI*

ALFONSO, y después LUPO.

ALFONSO

Vivirá, vivirá; mas no imagines  
que ha de volverte a ver. Fallemos. -¡Lupo!

(Siéntase a la mesa, examina las dos sentencias y toma la de SANCHO.)

La sentencia de Ordoño, la del Conde...

(Sale LUPO.)

(A LUPO.) Aguardad. (Díctase y escribe.)

«Quiero como Rey, en uso  
de mi prerrogativa, la sentencia  
de muerte mitigar.» Me tiembla el pulso.  
«Cárcel perpetua y...» (Sigue escribiendo.)

### *Escena VII*

BERNARDA, ALFONSO, LUPO.

BERNARDA

Necesito hablarle.

(A LUPO desde la puerta.)

LUPO

Ocupado le veis.

ALFONSO

Firmo y concluyo.

(Toma la otra sentencia.)

A Ordoño en libertad.

(Ve a BERNARDA y a LUPO que se le acercan.)

Lejos, espías.

(Sigue escribiendo, firma y sella.)

BERNARDA

(Aparte.) Por Dios, que este despecho tan profundo es un indicio más.

ALFONSO

Tomad: entrambas

(Levantándose y dando a LUPO ambos pliegos.)

sentencias al alcaide, y que no excuso

ni la más leve dilación.

(LUPO va a retirarse, el Rey le detiene y le habla un momento al oído.)

LUPO

Entiendo. (Vase.)

ALFONSO

(Aparte.) No ha de volver a verla: yo lo juro.

### *Escena VIII*

ALFONSO, BERNARDA.

BERNARDA

Quisiera, si no os enoja,  
decir...

ALFONSO

¿Alguna mentira?

¿Qué hace Jimena?

BERNARDA

Suspira

de modo que da congoja.

ALFONSO

¿Qué le has oído?

BERNARDA

Enmudece

con empeño pertinaz;

manda que la deje en paz;

replico, y se ensoberbece.

ALFONSO

Su cólera es el castigo

justo de tus libertades.

BERNARDA

Mayores (y no te enfades)

me voy a tomar contigo.

ALFONSO

Soy hombre, y es diferente,

que al fin te debí el primer

sustento; pero haz por ser...

BERNARDA

¿Qué?

ALFONSO

Menos impertinente.

BERNARDA

Lo haré.

ALFONSO

¿Cuál es el asunto

que a verme te determina?

BERNARDA

Esa boda repentina.

ALFONSO

¿Quién te dio parte?, pregunto.

BERNARDA

Respondo: si en una casa  
se grita cuando se alterca,  
y hay quien escuche de cerca,  
se ha de saber lo que pasa.

ALFONSO

¿Cómo en tal negocio cabe  
que tengas tú que mediar?

BERNARDA

Te voy a comunicar  
un escrúpulo muy grave.  
Si se entrara en religión  
la Infanta, yo callaría,  
pues un esposo elegía  
que nunca fue reparón;  
pero Ordoño es caballero  
que mira (y yo se lo alabo)  
mucho por su honor, y al cabo  
la conciencia es lo primero.

ALFONSO

Por Dios, que me apurarás  
la templanza antes que empieces.  
Al caso.

BERNARDA

Si te enfureces  
ahora, luego ¿qué harás?

ALFONSO

Sigue, Bernarda: adelante.

BERNARDA

Ten.

(Presentándole un espejo pequeño de plata.)

ALFONSO

¡En la mano me pones  
un espejo!

BERNARDA

En tus facciones  
¿hallas algo semejante  
a las de Jimena?

ALFONSO

Absorto  
me dejas. ¿Qué relación?...

BERNARDA

Será tu contestación,  
echando por lo más corto,  
que no.

ALFONSO

Pero ¿a qué te vales  
hoy de tan extraordinarios  
reparos?

BERNARDA

¿No son contrarios  
también vuestros naturales?

ALFONSO

¡Contrarios! ¡Ay! ¡Ojalá  
no lo fueran tan de lleno!  
Pero, Bernarda, que peno  
demasiado. ¿A dónde va  
a parar esa prolija  
cuestión con que me molestas,  
que entre mil dudas opuestas  
yo no sé lo que colija?

BERNARDA

A ofrecer un testimonio  
de honradez, aunque yo pague  
sola por dos, y naufrague  
de Jimena el matrimonio.

ALFONSO

¿Naufragar? ¿Por qué?

BERNARDA

Faltó  
hacer una diligencia.

ALFONSO

¿Cuál?

BERNARDA

Obtener la licencia  
de su madre, que soy yo.

ALFONSO

¡Su madre! ¡Dios infinito!  
¿Es cierto lo que escuché?  
Dime que no me engañé.  
¡Tú su madre!

BERNARDA

Lo repito.  
Madre de Jimena soy.

ALFONSO

¡Cielos hasta aquí tiranos!  
¿Con que no somos hermanos?  
¡Qué misterio rompéis hoy!

BERNARDA

Muerta desgraciadamente  
de la vida en el umbral  
la hija del lecho real,  
hallándose el Rey ausente,  
quiso la Reina...

ALFONSO

Lo entiendo.  
Quiso excusar el dolor  
de mi padre, o su furor:  
uno y otro era tremendo  
en aquel carácter fuerte  
incapaz de reprimir.  
No tienes más que decir:  
yo necesito creerte.  
No es mi hermana: ¡si el cariño  
fraternal tiene otros goces,  
si lo está diciendo a voces  
mi corazón desde niño!  
Sal ya de mi pecho, sal,  
secreto que yo temblaba  
de averiguar, y hoy acaba  
de mostrármese cabal;

sal, que ya la Providencia  
de toda culpa te exime:  
ya es puro mi amor, sublime  
le hizo mi resistencia.  
Parte, y a mi hermana di  
(no es mi hermana, que es mi cielo,  
mi bien, mi gloria) que el velo  
que me cegaba rompí,  
que ya no será de Ordoño,  
que en vano se desconsuela,  
que la sangre de Fruela  
no ha de quedar sin retoño.  
Pero no me satisface  
que tú... (Hace que se va.)

BERNARDA  
¿Vos amáis?...

ALFONSO  
Sí a fe.  
Siempre a mi Jimena amé:  
la adoro quince años hace.

BERNARDA  
¿De veras la amáis?

ALFONSO  
Con loca  
pasión: ¿no ves mi alegría?

BERNARDA  
Eso es lo que yo quería  
escuchar de vuestra boca.

ALFONSO  
Bernarda, me dan celos...

BERNARDA  
Niega ya, desalumbrado,  
que a tu hermana has castigado  
y al Conde, sólo por celos.

ALFONSO  
La pasión me despeñaba  
sin conocerlo yo mismo.

BERNARDA

Tu rigor en un abismo  
de males hoy sepultaba  
a dos, cuyo amor honesto  
es digno de compasión.

ALFONSO

¿No lo es también mi afición?

BERNARDA

Rey, la tuya era un incesto.

ALFONSO

Mas ya sin crimen aspira  
a que Jimena...

BERNARDA

No esperes  
nada, no: su hermano eres.  
Cuanto has oído, es mentira.

ALFONSO

¡Oh!

BERNARDA

Lo cierto es que poseo  
tu secreto, y esta vez  
no podrá vengarse juez  
quien se ha confesado reo.

ALFONSO

Pues bien, mi furor se aquiete  
con sangre de quien le atiza.

(Toma una espada, que hay con otras armas colgada del muro.)

BERNARDA

¡Infeliz! ¡A tu nodriza!

ALFONSO

¡Insensato de mí! -Vete.

(Soltando la espada y sentándose abatido.)

(Pausa. BERNARDA da algunos pasos para retirarse, y luego se para; el Rey vuelve la cabeza y manifiesta en su rostro su sentimiento: entonces BERNARDA se acerca a él.)

ALFONSO

¿No quieres obedecer?

BERNARDA

Señor, os oigo gemir.

ALFONSO

Quita.

BERNARDA

No me puedo ir,  
no, que os veo padecer.

ALFONSO

Déjame.

BERNARDA

Aunque no me cuadre  
tan excelsa dignidad,  
llorad conmigo, llorad,  
que no tenéis otra madre.  
Forzoso ha sido que apele  
al secreto que os amengua;  
pero cortadme la lengua  
si teméis que lo revele.  
Vos solo y yo lo sabremos:  
Jimena lo ignora todo,  
y aun podéis hacer de modo  
que vos y yo lo olvidemos.  
De una pasión una hazaña  
las consecuencias ataje...  
Y pagadme el hospedaje  
que hallasteis en mi cabaña.  
Ofrecísteisme por Dios  
una gracia; lo sabéis:  
os pido que me otorguéis  
mi perdón... y el de otros dos.

(Se arrodilla.)

ALFONSO

Alza, que no debe estar  
a mis pies, ni un breve espacio,  
la que tiene en mi palacio  
derecho para mandar.

Que venga mi hermana.

BERNARDA

¡Ahora  
sí que tenéis sangre mía!

(Corriendo hacia la puerta.)

¡Señora! -Me ahogaría  
si no llorara. -¡Señora! (Vase.)

ALFONSO

¡Hola! -Afortunadamente  
(Siéntase a la mesa y escribe con rapidez unas líneas.)  
sé que no tuvo lugar  
Silo para ejecutar  
esa sentencia inclemente.

*Escena IX*

LUPO, ALFONSO.

ALFONSO

Volad: esa orden entregad a Silo.

(LUPO toma la orden y se va.)

Mandé que con la trompa me avisara  
luego que la sentencia ejecutara;  
no sonó la señal: estoy tranquilo.

*Escena X*

ORDOÑO, ALFONSO.

ORDOÑO

A vuestros pies la gratitud me guía...

ALFONSO

(Aparte.) ¡Cielos!

ORDOÑO

Os dejo al punto, sin embargo.  
Sentencia bien distinta de la mía  
el momento presente os hace amargo.  
Dignaos de leer estos renglones  
(Le da un pliego cerrado.)  
que acabo de escribir con prisa grande:  
conoceréis aquí mis intenciones,  
y en casa espero que mi Rey me mande.

ALFONSO  
Partid a vuestra casa en derechura,  
y con ninguno habléis. (Vase ORDOÑO.)

*Escena XI*

ALFONSO, y luego SILO, dentro.

ALFONSO  
Me da martirio  
el ver esa sardónica medida.  
¡Casarle con Jimena! Fue un delirio.

(Abre el pliego y lee.)

«El secreto de vuestro corazón no le ha sorprendido Bernarda, sino yo, que se lo he confiado a ella, por ser de los que humillan mucho revelados por un hombre. Si este secreto se divulgara, perderíais el concepto de todos los que admiran la pureza de vuestras costumbres: vuestros enemigos aprovecharían la noticia para completar vuestro descrédito, y os arrojarían del trono. He oído vuestra conversación con Bernarda, de quien no me quejo porque haya servido a su señora y no a mí; pero os aviso que el premio de mi silencio es la mano de Jimena.»

Primero el corazón sabré arrancarte.  
(Se encamina a la puerta por donde salió ORDOÑO.)  
La puerta me cerró. ¡Mísera treta!  
(Va a la puerta del lado opuesto.)  
¿Dónde de mi furor has de librarte,  
infeliz?

(Ruido a la derecha de voces y armas, y al mismo tiempo tocan una trompeta.)

¡Cielos santo! ¡La trompeta!

VOCES

(Dentro.) ¡Arma! ¡Traición!

SILO

(Dentro.)

A él: ved que os engaña.

(ALFONSO toma una maza de armas; al mismo tiempo salen por la izquierda algunos pajes, que a una señal del Rey corren a echar abajo la puerta de la derecha.)

ALFONSO

Aquí...

SILO

(Dentro.)

¡Muera!

ALFONSO

Tened. -¡Piedad divina!

SILO

(Dentro.) No respetéis que es Conde.

ALFONSO

¡Le asesina!

(Fuerza la puerta de un golpe de maza.)

Ya abrí.

(Franca la puerta, va a la pieza inmediata; pero se detiene al oír la voz de SILO, que sale precipitado con la espada desnuda.)

SILO

(Saliendo.)

Traed al Conde de Saldaña.

### *Escena XII*

SILO, ALFONSO.

ALFONSO

¿A quién esos crueles mercenarios  
han muerto?, ¿a quién?

SILO

(A los pajes.) Salid. (Vanse los pajes.)

ALFONSO  
Responde luego.

SILO  
A ese Conde traidor de los notarios,  
que a Lupo quiso arrebatarse el pliego.

ALFONSO  
¿Detener el perdón Ordoño quiso?

SILO  
Y ciego queda Sancho, si la Infanta  
por un momento más no se adelanta,  
dándome ya de la merced aviso.  
Lupo la entrega del perdón resiste,  
le hiere Ordoño, de prenderle trato,  
lidia, tocan sin orden a rebato,  
y el criminal expira.

ALFONSO  
¿Ya no existe?

SILO  
Mirad. (Señalándole la puerta.)

ALFONSO  
¿Nada al morir ha descubierto?

SILO  
Nombró a Sancho y a vos: «Erré el camino,»  
dijo; después: «Merezco mi destino,»  
y le faltó la voz al labio yerto.

*Escena XIII y última*

JIMENA, SANCHO y BERNARDA, por la izquierda; ALFONSO, SILO.

JIMENA  
¡Hermano!...

SANCHO  
¡Mi señor!...

JIMENA  
Siempre esperaba...

BERNARDA

(A JIMENA.) Bien os decía yo.

SANCHO

Mientras respire

Sancho, vuestro será.

JIMENA

Seré tu esclava.

ALFONSO

Callad, o haréis que de vergüenza expire.

Oíd. Porque no hay crimen sin castigo,

porque os defiende el cielo soberano,

libres ambos estáis de un enemigo.

Ordoño ha muerto.

JIM., SAN. y BER.

¡Ordoño!

SILO

Por mi mano.

ALFONSO

(A SANCHO.) Acaso declarar vuestra inocencia

quiso, y en vano fue, ya moribundo:

justificado estáis en mi conciencia;

pero falta la prueba para el mundo.

Un escarmiento mi dosel reclama,

que haga a la rebelión temer su estrago:

sacrificadme, Conde, vuestra fama,

y la ventura vuestra os doy en pago.

Con un anuncio que sospechas borre,

se mostrarán de Ordoño los despojos;

de vos se contará que en una torre

gemís, privados de la luz los ojos.

De Jimena dirán que sin su amante

eligió en su dolor un monasterio;

huid en tanto, y en región distante

vivid cercados de feliz misterio.

JIMENA

¡Separarnos de ti!

ALFONSO

No es sin motivo.

SANCHO

¿Permitiréis un día que volvamos?

JIMENA

Nadie sabrá...

ALFONSO

Jamás: os lo prohíbo.

La vez postrera viéndonos estamos.

JIMENA

¿La vez postrera?

ALFONSO

Sí. Para tu dote

los bienes todos de mi padre cedo,

y a la noche en secreto un sacerdote

os unirá.

JIMENA

A tu vista.

ALFONSO

No, no puedo...

SANCHO

Señor...

ALFONSO

(A SANCHO.)

Si el cielo os concediere un hijo

que retrate a Jimena, de ése aguardo

que ser el padre me otorguéis.

BERNARDA

Yo exijo

que se le ponga el nombre de Bernardo.

ALFONSO

(A BERNARDA y SILO.) Adiós. -Vosotros seguiréis su suerte.

Mudad de nombre. Partiréis mañana;

(A los amantes.) Y nunca me verás, nunca he de verte.

(A JIMENA. Hace que se va.)

JIMENA

¿Te vas sin un abrazo de tu hermana?

(Vuelve ALFONSO, abraza a JIMENA y da la mano a SANCHO.)

ALFONSO

Adiós, hermana. Adiós. -Tú que mi pena

(Aparte a BERNARDA, separándose de SANCHO y la Infanta.)

sabes, si el cielo de mi vida el plazo

acorta en una lid, dile a Jimena

cuánto habré padecido en ese abrazo.

---

## Apéndice

Los malaventurados amores de la infanta Doña Jimena y el Conde de Saldaña, de quienes nació, según el Arzobispo D. Rodrigo, el célebre Bernardo del Carpio, pasan hoy generalmente por una fábula, y aun se niega que haya existido ninguno de estos tres personajes, porque, a la verdad, ni los dos escritores de aquella época, Sebastiano y el Monje de Silos, ni aun el Obispo D. Pelayo en las adiciones que hizo al primero, dicen una palabra acerca de los padres ni del hijo, cuyas primeras noticias aparecen en dos escritores del siglo decimotercio. Éste no es inconveniente para el quepretenda introducirlos en un poema dramático, porque si tiene facultad el poeta para crear personajes de su invención y ponerlos al lado de los que realmente existieron, nadie podrá impedirle que al presentar en la escena una figura histórica, le coloque alrededor otras inventadas por los historiadores, y que han pasado como históricas también por espacio de muchos siglos. Sin embargo, aun en estos últimos tiempos hay escritor bien respetable que ha admitido la existencia de la Infanta y del Conde, negando sólo que dieran el ser a Bernardo: ponemos las palabras del autor a quien nos referimos, al frente de las otras autoridades que abajo se copian, para manifestar en qué fundamentos estriba la parte histórica del drama.

«Fruela... tuvo un hijo que reinó después con el nombre de Alonso el Casto, y una hija llamada Doña Jimena, tan célebre en las antiguas fábulas españolas por sus amores y casamiento clandestino con el Conde de Saldaña, y por las hazañas de su supuesto hijo Bernardo del Carpio.» -D. Alberto LISTA, Historia de España, tomo XXVI de la Universal.

«Alonso II, sucesor de Bermudo e hijo de Fruela I, empuñó el cetro en el día 14 de septiembre del año 791. No lo recibirían todos con igual gusto, pues, según refiere el Monje de Albelda, hubo gente rebelde y poderosa que al año siguiente (no diez años más tarde, como dice Rodrigo Jiménez) se atrevió a encerrarlo en un monasterio, de donde lo sacaron con noble denuedo algunos fieles vasallos, entre quienes se distinguió Teudan por su fidelidad y constancia.» -MASDEU, Historia crítica de España, tomo XII.

«Alonso, joven a la sazón (791) de veinticinco años, y educado en la escuela del infortunio, desplegó todas las virtudes necesarias en su situación. Manso y afable con los suyos, terrible contra los enemigos, intrépido en los combates, prudente en el consejo, no quiso reinar sino para el bien de los cristianos y engrandecimiento de la fe.

---

Teudio y otros señores principales, apenas supieron la maldad, le sacaron de su retiro y le restituyeron al trono. No son conocidos en la historia ni los nombres de los conspiradores, ni el objeto que se propusieron en su empresa, ni las resoluciones que tomaron después de haberla logrado, ni el castigo que se les dio.» -LISTA.

Como hubo razones para que Sebastiano callara un acontecimiento de tanto bulto, y el Silense, que lo menciona, guardara profundo silencio acerca de las personas que intervinieron en él y acerca de sus pormenores, ¿no pudo haberlas también para omitir la noticia del casamiento de Jimena y Sancho? ¿No pudo esta razón ser la misma? ¿No pudo el casamiento coincidir con la rebelión, y haber tenido parte en ella los dos amantes o el uno? Por lo menos es innegable que la pena de perder los ojos no se imponía por la legislación gótica sino a los reos de alta traición, a quienes el Rey perdonase la vida: el casamiento clandestino era castigado con mucha menos severidad. Véanse las leyes siguientes:

«Si alguno probare de matar al príncipe, o de le toler el regno, a cualquier que se le pruebe estas cosas o algunas de ellas, despois que fuere fallado, reciba muerte, e non sea dejado vevir: e si el príncipe por piadat le quisiere dejar vevir, nol' deje, que nol' saquen los ojos, porque tal non vea el mal que cobdizó facer, e que haya siempre amargosa vida e penada.» -Fuero Juzgo, lib. 2.º, tít. 1.º

«Si la moyer libre casar con ome libre, el marido dela debe fablar primeramente con sos padres; e si la podier haber por moyer, dé las arras a los padres así como es derecho; e se non la podier ovier, finque la moyer en poder de los padres; e si ela casar sen voluntad del padre o de la madre, e ellos non la quisieren recibir de gracia, ela nen los fijos non deben heredar en a buena de los padres, por que se casó sen voluntad delos; mas sel' quisieren dar alguna cosa los padres, bien lo poden facer.» -Ibid., lib. 3.º, tít. 2.º

«Si los hermanos tardan el casamiento de la hermana... por tal que la podan mejor casar, e ela (non catando so ondra) tomar marido de menor guisa que non debe, pierda todel derecho que debe haber de la bona de sos padres.» -Ibid., ibid.

Estas conjeturas serán de poquísima importancia miradas bajo el aspecto histórico; pero bajo el aspecto dramático no las creo sin interés, porque al aplicar la historia a la escena, casi vale tanto lo que pudo ser como lo que fue.

«El buen Rey D. Alfonso que vio al tirano (Mauregato) con tantas fuerzas que era imposible resistirle... salió de Asturias, y fuese a meter a Álava... Estuvo también huido y escondido en el monasterio de Samos... Parece como estuvo agora el Rey allí escondido,

por un privilegio que tienen los monjes... Dice en castellano: Estuvo despacio allí en Sámanos y en otro lugarejo llamado Subrego en la ribera del río Daura, y con los monjes mucho tiempo en el tiempo de su persecución.» -MORALES, Crónica general, tomo VII.

«El Arzobispo D. Rodrigo cuenta luego tras esto cómo se le rebelaron al Rey D. Alfonso algunos de los suyos con tiranía, y lo pusieron en tanto estrecho, que se hubo de retirar a un monasterio llamado Abeliense... -Tierra de Abelania... se llama aquélla de Samos; y hemos de entender que el Rey estuvo en Samos siendo niño, y en tiempo de Mauregato, y agora también. Así que estuvo tres veces.» -MORALES, *ibid.*

«Los gloriosos principios del reinado deste Príncipe tan señalado se amancillaron y oscurecieron con un desastre y afrenta que aconteció en la casa real; y fue que su hermana, la Infanta Doña Jimena, olvidada del respeto que debía a su hermano y de su honestidad, puso los ojos en Sandía o Sancho, Conde de Saldaña, sin reparar hasta casarse con él... Acusáronle (al Conde) de traición y de haber cometido ofensa contra la majestad.» -MARIANA, tomo V de la edición de Sabau.

Masdeu observa que la simple falta de honestidad, cometida voluntariamente entre solteros ingenuos, ni se castigaba en tiempo de los godos, ni daba derecho a la doncella para pretender la mano del autor de su deshonor. Por la ley 5.<sup>a</sup> del libro 3.<sup>o</sup> título 4.<sup>o</sup> del Fuero Juzgo, se permitía al padre, hermano o tío que sorprendiese en aquel delito dentro de la casa paterna a la hija, hermana o sobrina, matarla o hacer de ella lo que le pareciese; pero la calificación de adulterio que allí se da al crimen, y la disposición última de la ley 12 del mismo título, manifiestan que se trata de doncellas ya desposadas con otro que su corruptor. Las penas que señala la ley 11 del título anterior, comprenden a los que seducen solteras con engaño, por medios de tercería y faltando a lo que prometieron, o bien se casan por fraude con ellas y contra la voluntad de la contrayente. Nada de esto hubo en el casamiento de Sancho y Jimena, tal como se pinta el suceso; y así no es de creer del virtuoso Rey Alfonso II un rasgo de crueldad y tiranía tan escandaloso. Si existieron aquellos dos personajes; si fue cegado el Conde y encarcelado por vida, y la Infanta reclusa, otras circunstancias más graves debieron ocurrir en su culpa; y si ésta no fue más que un matrimonio clandestino, por ella no pudo imponérseles el castigo citado. En tal duda, el autor del drama, aprovechando la frase última de Mariana, conciliadora de ambos extremos, ha manejado el asunto del modo que favorecía más a los personajes, dejando la tradición a cubierto; pues reputado el hecho por fabuloso, no había motivo para guardar a la ficción el miramiento y consideraciones que ni aun se suelen guardar a los fueros de la historia.

«También algunas doncellas, sin salir de su casa paterna, se vestían de religiosas, profesando virginidad por toda su vida, y se llamaban, ya vírgenes sacras, y ya devotas, por corrupción de la palabra latina Deo votas, que equivale a consagradas a Dios. Cuando el Obispo las recibía en la iglesia a la profesión, no sólo las bendecía como a las viudas, pero también las cubría con un velo blanco, que habían de llevar siempre sobre la cabeza, como por testimonio glorioso de su virginidad.» -MASDEU, *Historia crítica de España*, tomo XI.

Romey copia a Masdeu este pasaje como otros muchos.

Conde de los notarios era, según Masdeu, cargo que entre los godos equivalía al de secretario de Estado; según Salazar, se daba este nombre a los notarios mayores, a los notarios principales. La autoridad de Masdeu es de más peso, y la idea que da más clara.

Tioda es el verdadero nombre del arquitecto de Alfonso el Casto: se ha invertido el orden de las dos primeras vocales por hacer su pronunciación más suave en el teatro. Alteraciones de esta especie eran comunes en los nombres de aquella época: Teudis, Teudio, Teuda, Teudas, Teudan, Teudo, Teudon y Teudonio son variantes de un nombre mismo, y acaso el Tioda lo sea también.

El personaje de Ordoño, amigo falso del Conde y enamorado de la Infanta, está ideado a semejanza del Conde don Rubio que introduce Cubillo en la conocidísima comedia titulada Primera parte del Conde de Saldaña, cuyos dos primeros actos se han tenido presentes al escribir este drama.